



ÉPOCA 4.<sup>a</sup> — AÑO X. — TOMO VIII

NÚMERO 17. — Madrid 15 de Junio de 1885

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD  
DEL ASILO DE HUÉRFANOS  
DEL  
SAGRADO CORAZÓN DE JESUS



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

#### SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Blas. — *Crónica universal*, por X. — *Los grabados*. — *La literatura contemporánea*, por Francisco Sánchez de Castro. — *Discurso preliminar*, por Angel Mathieu. — *Un manuscrito inédito del P. Ribadeneira* (continuación). — *Las mariposas del alma*, poesía, por Enrique Pérez Escribá. — *Carta inédita del venerable siervo de Dios el P. Fr. Diego José de Cádiz*. — *Desandar el camino*, poesía, por J. Federico Muntadas. — *Patriotismo y abnegación* (continuación), por Estéban Marcel. — *Conocimientos útiles*. — *Miscelánea*. — *Advertencia*.  
GRABADOS. — *El Dr. D. Jaime Ferrán*. — *La cena de Jesús en casa de Levi*. — *La erupción del Vesubio del día 2 de Mayo último*. — *Puerta principal de la cartuja de Pavía en Italia*.

#### LA DECENA

**E**A — dije á Roque cuando acabó de vestirme y mientras me pasaba el cepillo por la solapa del frac, salpicada de la ceniza del cigarro; — ya estoy listo, y me parece que mi traje, si no de una sublime elegancia, por lo menos es serio y correcto.

— Ya lo creo — me contestó Roque, recreándose en mirarme; — está usted hecho un pollo, y esa peluca le sienta mucho mejor que la otra.

— ¿Qué hora es?

— Las cinco y veinte.

— ¿No ha venido nadie todavía?

— Nadie, señor. Como hace tanto calor...

— Está bien; vete á la antesala y procura no cometer alguna torpeza al recibir y anunciar á los visitantes... ¡Ah! y te prevengo que no des entrada más que á las personas.

— Pues claro está.

— No está muy claro, puesto que en la década anterior me pusiste en presencia de un toro de Veragua.

— Pero ¿todavía sigue usted con esa aprensión? Ya le he dicho que no hubo tal toro, ni tal francés, ni tal mujer, sino que el señor debió soñarlo...

— Tú sí que sueñas.

— Y no es lo peor que usted lo soñara, sino que se lo contó al público con todos sus pelos y señales...

— Me parece que ha sonado la campanilla.

— Voy á abrir.

Salió Roque, y yo tomé asiento esperando la presentación de la primera visita.

Pasaron cinco minutos, durante los cuales oí como una reyerta entre mi sirviente y el recién llegado. Me levanté aproximándome á la puerta de mi despacho para oír mejor, y en efecto, me convencí de que Roque se negaba á introducir al visitante, quien por su parte insistía en verme.

Para cortar la disputa, hice sonar enérgica y repetidamente el timbre que tengo sobre mi mesa. Cesaron las voces, y á poco rato apareció Roque, pero venía solo; es decir, venía solo, por cuanto no le acompañaba nadie, pero traía consigo un miedo que valía por diez.

— ¿Qué escándalo es ese? — le pregunté con severidad.

— Señor — me contestó dando diente con

diente, — que quiere entrar á todo trance... y lo que es eso... no lo consiento... aunque me hagan tajadas..

— Pero ¿quién quiere entrar, y por qué no debe entrar?; Tengamos otra como la del toro de marras!

— ¡Buen toro nos dé Dios...! Aquello fué una chiflad... quiero decir, una ilusión de usted; pero esto... esto es de veras, y más quisiera que fuese, no digo un toro, sino una ganadería entera...

— Ea, basta de aspavientos y de jeremiadas — le dije mostrándole la puerta; — quien quiera que sea, que pase inmediatamente, y te prevengo que no vuelvas á interrogar ni á detener á ninguna de las personas que vengan á verme.

Volvió á salir mi sirviente, y dos segundos después apareció en el umbral de la puerta un caballero alto, extremadamente seco, de color entre amarillo y cobrizo, calvo, barbilampiño, ojos hundidos, nariz afilada, pómulos salientes y manos tan descarnadas, que en ellas podía muy bien estudiarse la osteología del carpo y metacarpo. Vestía decentemente, pero la poca soltura que manifestaba en sus ademanes me dió á entender que, á pesar de la hechura de su traje, era oriundo de país lejano.

A una indicación mía se sentó, dirigiéndome una

mueca horrible á modo de sonrisa, y entramos en conversación:

— No tengo el gusto de conocer á usted — le dije.

— En no haber tenido ése gusto — me contestó — ha dado usted pruebas de ser hombre de gusto.

— Creo, en efecto, que es esta la primera vez que tengo el honor de verle.

— Así es, ciertamente, dejando lo del honor á un lado... Quien me ve por primera vez, es muy difícil que me vea la segunda.

— En fin, usted dirá en qué puedo servirle.

— También es la vez primera que se me dirige una oferta tan galante; verdad es que ya hemos convenido en que no me conoce usted... Nadie me ha dicho hasta ahora que desea servirme, y sin embargo, ¡son tantos los que me sirven sin decirlo... y sin saberlo!

— Me parece usted algo aficionado á los enigmas.

— Como que soy para todos un enigma viviente.

— Pues yo tengo medianas aptitudes para descifrar enigmas; así, pues, hablemos como el vulgo, y dígame usted lo que desea.

— Sencillamente, que me ayude usted á vindicarme de la injusticia con que se me trata.

— ¿Por quién?

— Por todo el mundo.

— Explíquese usted, y sobre todo, empiece usted por decirme su nombre.

— ¿Cuál de ellos?

— ¿Tantos tiene usted?

— Tantos, que voy perdiendo la cuenta...

Pero me revelaré á usted con el nombre que me dan en estos países, á condición de que no me despidan usted de su presencia después de conocerme, como ha querido hacerlo su sirviente.

— No tenga usted cuidado, le prometo continuar esta conferencia.

— Pues bien, señor, yo soy el cólera morbo asiático.

— ¡Misericordia! — exclamé aterrado.

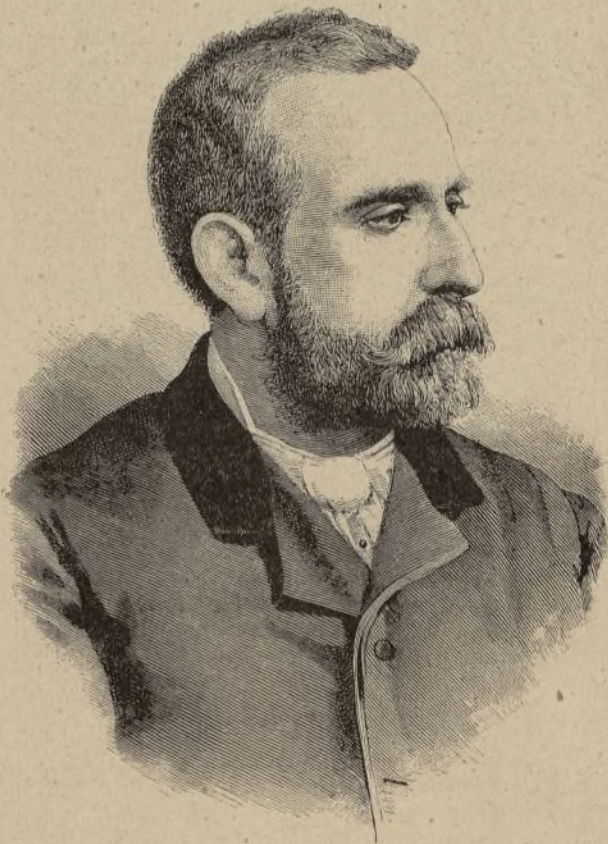
— ¿Ve usted — prosiguió el visitante, mostrándome la segunda edición de aquella fea mueca con que falsificaba la sonrisa; — ve usted cómo se alarma y preocupa por una cuestión de nombre? Tranquícese usted, sabiendo por de pronto que, sin perjuicio de lo que para mañana disponga Aquel que puede más que yo, hoy por hoy mi visita no es oficial, digámoslo así, sino meramente particular ú oficiosa. He venido, como he dicho antes, á hacer á usted una súplica; si no quiere oírme...

— ¡Oh! Sí, sí — respondí con apresuramiento; — diga usted cuanto quiera.

— En primer lugar, digo que los hombres me hacen un honor que no merezco, dándome la supremacía sobre el cúmulo de desdichas y calamidades que afligen á su especie.

— En cuanto á eso, convengamos en que no les falta razón...

— Pues en eso, como en todo, se equivocan lastimosamente. Lo que hay es que son ustedes soberbios, egoístas, descreídos, pusilánimes y rebeldes á los decretos de Dios, al que tienen ustedes muchas veces en los labios, pocas en el corazón...



EL DOCTOR DON JAIME FERRÁN

Inventor de la inoculación cólerica y primer observador de la evolución del microbio descubierto por Koch.



— No me parece oportuna, con perdón de usted, una discusión sobre puntos...

— Ni yo pretendo discutir, sino vindicarme. Así, pues, ahorremos palabras y hablen los números. Aquí traigo — añadió sacando del bolsillo un abultado cuaderno — un resumen estadístico de las víctimas que he hecho desde que nací...

— ¿Y va usted a leerme ese mamotreto?

— No, ahí se lo dejo para que usted lo estudie, si quiere. Lo que necesito dejar consignado es que la calamidad *cólera morbo*, efecto de causas naturales en las que el hombre no tiene intervención, no puede compararse en sus estragos a otras muchas calamidades que proceden directa y absolutamente de la libérrima voluntad de ustedes.

— ¿Cómo es eso? ¿Nosotros hacemos las calamidades?

— Ustedes hacen las guerras, pero no ya a largos períodos, como aparecen las epidemias, sino cada lunes y cada martes; y no tendrán ustedes la pretensión de demostrar que esas epidemias armadas entre naciones y naciones, y lo que es más indigno para la raza, entre individuos de una misma nación, hayan ocasionado menos víctimas ni dejado tras sí rastros menos lúgubres que el *cólera asiático*.

— En esto puede usted tener razón.

— Ustedes hacen las revoluciones, que dan un contingente pavoroso a la muerte y dejan en los pueblos un germen de desdichas que, andando el tiempo, producen frutos de destrucción.

— Sin embargo, dicen que con esos sacudimientos se vigorizan las naciones...

— Justamente, como yo digo de los míos... Ustedes, en fin, se entregan de muy buen grado al vicio, a la disipación, al libertinaje, a la crápula, a la satisfacción de todas sus pasiones, apetitos y concupiscencias, a sabiendas de que destruyen su salud, acaban su vida, minan los cimientos de la familia y concentran el foco de donde ha de salir una nueva generación enclenque, raquítica, escrofulosa y anémica, así en lo moral como en lo físico... ¡Y todavía me tienen ustedes miedo! Me hacen ustedes el efecto del suicida que, con la pistola apoyada sobre la sien, se inclina sobre un mullido colchón para no lastimarse al caer, hecho pedazos el cráneo...

\*\*\*

Aquí llegaba de su discurso el lúgubre personaje, sin ánimo, al parecer, de terminarle en largo rato, cuando fué interrumpido por Roque, que anunciaba en alta voz desde detrás de la cortina:

— El Dr. Fernán-López.

Oír este nombre, dar un salto en la silla, lanzarse a la puerta y desaparecer, fué obra de un segundo. Respiré al verme libre de tan importuna visita, y recibí con gran júbilo la del médico.

— Vengo a despedirme de usted, amigo D. Blas — dijo tendiéndome la mano, — y a decirle que mi compañero Jiménez queda encargado de la clientela hasta mi regreso.

— ¿Y adónde va usted, doctor?

— Adonde puedan ser útiles mis servicios y haya riesgo que correr en beneficio de los que sufren. Primero voy a Valencia; después donde la necesidad lo exija.

— Es un propósito digno de usted. Nosotros salimos perdiendo, pero no debemos ser egoístas... Quisiera, sin embargo, que antes de partir me indicase usted un plan preventivo...

— Vaya, también usted es de los aprensivos...

— No señor, sino de los precavidos. Hablo para el caso de que la *enfermedad sospechosa* se desarrollase en Madrid durante la ausencia de usted.

— Todo lo que yo pudiera aconsejarle lo sabe usted de memoria, y está compendiado en esta fórmula: buen régimen alimenticio, mucha higiene, un ordenado método de vida y tranquilidad de espíritu.

\*\*\*

Despidióse el doctor, y como si sólo esperasen su salida, presentáronse, ó mejor dicho, invadieron mi despacho treinta ó cuarenta personas de distintas clases sociales y de sexos, edades, aspectos y vestimentas diferentes.

Como no había sillas para todos, no invité a ninguno a que se sentase, limitándome a saludarles en colectividad y a indicar con un ademán que esperaba conocer el objeto de su visita.

Todos empezaron a hablar a la vez, armando una algarabía infernal, que me obligó a taparme los oídos.

Después de perder mucho tiempo en inútiles tentativas para entendernos, conseguí que fuesen hablando por turno, y la primera que lo hizo fué la señora Cleta, vendedora de frutas y hortalizas frente a mi casa.

— Ya sabe usted, D. Blas — dijo puestas ambas manos en las caderas, — que yo soy amiga de cumplir las leyes y los bandos del Sr. Alcalde y las órdenes del Sr. Gobernador.... Pues bien, para dar confianza a mis parroquianos, he regado mi mercancía con esos caldos que ahora se usan; pero ¡ay Sr. D. Blas de mi alma! que no hay quien se llegue a mi puesto en cien leguas a la redonda, y si alguno lo hace, tan pronto como acerca la fruta a las narices, la suelta y escapa como si le persiguiera el morbo; tal es el pícaro olor de esos *desinfectantes*, ó lo que sean...

— Señora Cleta — la interrumpió un caballero, prestamista de profesión y avaro por temperamento, puesto que lo era hasta de palabras por no gastar saliva, — no vender frutas, que son un veneno en estos tiempos.

— Para usted es veneno en cualquier tiempo, porque jamás la come, no siendo cuando se la regalan.

— A propósito de regalos — dijo el regente de la botica de mi calle, — de eso vengo a quejarme, don Blas: es un abuso el que comete el Ayuntamiento facilitando gratuitamente los desinfectantes, con perjuicio de los boticarios, que no despachamos un adarme de ácido fénico al día.

— El Ayuntamiento hace lo que debe poniendo los desinfectantes al alcance de la clase pobre — objetó un cesante de Estancadas, — ya que esos ingredientes son los únicos eficaces contra el *cólera*. Si esto perjudica a los boticarios, paciencia; primero es la salud pública.

— Si está usted tan atrasado de pagos como de noticias — replicó el regente, — no morirá del *cólera* su dinero. Sepa usted, para su satisfacción, que los desinfectantes no sirven para otra cosa que para levantar dolor de cabeza.

— Todos los olores fuertes producen igual resultado — exclamó el perfumista de la esquina; — pero esa molestia desaparece instantáneamente con sólo aspirar un frasquito de esencia de espinos de los trópicos, que yo vendo a 75 céntimos.

— Señores — dijo una voz ronca perteneciente al dueño de un almacén de vinos y espíritus, — el mejor preservativo contra el *cólera* es el aguardiente, usado en fricciones por todo el cuerpo cuatro veces al día...

— Me alegro de saberlo — le interrumpió con alegría un oficial de albañil que habitaba en los altos de mi casa, — porque yo no lo usaba más que dos veces, al amanecer y al anochecer; pero yo soy más listo, porque el *cólera* no ataca por fuera, sino por dentro, y en consecuencia, me doy las fricciones por el interior.

— Pero, a todo esto — dijo D. Clemente, el dueño de la casa número 13, — ¿se sabe si hay *cólera* ó no hay *cólera* en Madrid? Porque es triste cosa para un propietario honrado que se le obligue a hacer desalojar sus habitaciones bajo pretexto de que son malsanas y no tienen ventilación ni capacidad. Pues qué, si tan malas fueran, ¿tendrían tantos inquilinos como tienen? Sólo en un cuarto de los del patio, algo mayor que esa mesa; créame usted, señor D. Blas, tengo dieciséis aguadores; y, gracias a Dios, ninguno de ellos ha padecido el *cólera* desde que vive en mi casa. Los catorce vecinos del corredor, que viven como príncipes, porque cada familia tiene su cuartito, donde caben, en caso de necesidad, dos camas además del fogón y una silla, nunca se han quejado del *cólera*... cuando más, del administrador, si les apura para el pago de los alquileres. Lo mismo digo del traperero del cuarto bajo y de las lavanderas de la buhardilla... En fin, que ninguno se queja de su vivienda, y la de venir con sus manos lavadas la Autoridad a quejarse por ellos y a ponérmelos en la calle. Esto es una arbitrariedad, sobre todo cuando no se sabe si hay *cólera*.

— Eso no admite duda, D. Clemente — contestó el joven casi médico D. Felipe, que por más señas ha salido suspenso en el examen del último año de su Facultad; — los casos que yo he visto son todos caracterizados.

— Pues yo sostengo — dijo otro médico por completo — que no hay semejantes casos ni semejante epidemia; lo que hay es lo que siempre ha habido en Madrid en esta estación: cólicos de mejor ó peor carácter, cuyos síntomas pueden confundirse con el *cólera morbo*.

Durante estos diálogos, yo me agitaba con impaciencia en mi asiento, removía los papeles de la mesa, me quitaba y ponía maquinalmente las gafas, me limpiaba el sudor de la frente y buscaba un pretexto decoroso para poner término a aquella barandia.

Por fortuna, mi buen Roque tuvo la idea de cometer la primera oportunidad de su vida, y se presentó en la habitación diciendo con énfasis:

— Señor, la sopa está en la mesa.

Me levanté con apresuramiento, y dije al concurso:

— Si ustedes gustan...

— Muchas gracias — me contestaron, y fueron desfilando poco a poco.

Cuando me ví solo, hice propósito firme de suprimir las recepciones.

BLAS.

## CRÓNICA UNIVERSAL



El día 4 del corriente recibió Su Santidad en audiencia solemne a los delegados del Círculo de los Congresos Católicos de Italia, que después de la celebración del centenario de San Gregorio deseaban ofrecer al Papa el homenaje de su veneración filial y de su adhesión inquebrantable. El presidente de la Comisión, Sr. Venturati, dirigió un breve discurso a Su Santidad, inspirado en el objeto de la audiencia, y el Papa se dignó contestar con el siguiente, que es importantísimo por las declaraciones que contiene respecto a la conducta y miras de León XIII.

«Queridísimos hijos: la circunstancia solemne que os trae este año a los pies del Vicario de Jesucristo, para atestiguarle de nuevo en nombre de toda la sociedad de los congresos católicos, los sentimientos de vuestra adhesión y de vuestra fidelidad inviolable, hace que vuestra presencia sea a Nós particularmente estimada, y que vuestras palabras nos sean agradabilísimas. Estas palabras os han sido inspiradas por el recuerdo del gran Pontífice, que después de ocho siglos es aún admirado y bendecido, y esta manifestación de respeto es un nuevo fruto de este piadoso entusiasmo, con el cual se honra sobre todo el Sumo Pontífice que consagró y defendió la disciplina eclesiástica, al atleta invencible de la libertad y de la independencia de la Iglesia, al padre deseoso del bien de los pueblos; su acción combatida largo tiempo y con encarnizamiento, es un signo de que aquella fué la obra de un genio admirablemente grande.

» Sus luchas se ejercitaron a defender la libertad de la Iglesia, a la cual la prepotencia de los poderes civiles y el servilismo de los hombres corrompidos hicieron correr en su tiempo graves peligros. La época de Cristo no debe ser esclava, dice Gregorio VII, y esta idea sublime, que se halla en el fondo de todas las resistencias opuestas por los Pontífices Romanos, desde los primeros siglos, a las injustas exigencias de los poderes del mundo, fué como el alma y la vida del Pontificado de San Gregorio.

» Dicha idea le hizo afrontar con una constancia indomable una larga cadena de trabajos, persecuciones y violencias. Por dicha idea murió en el destierro; pero por fin la Iglesia pudo gozar el fruto de sus virtudes heroicas y de su magnánima empresa. Idéntica en cuanto al fin, aunque distinta en la forma y en los medios, según los lugares y las épocas, continúa así la guerra violenta y cruel contra la Iglesia. En estos tiempos, concretándonos a nuestra misma época, se hace una guerra inicua por todas suertes, artificios y emboscadas, con el fin de abatir el poder temporal de la Santa Sede Apostólica, soberanía civil que es un medio preparado por la divina Providencia para defender y salvar la libertad del Jefe supremo de la Iglesia. Por esta libertad, no por ambición terrestre ni por avaricia de un poder humano, nuestros predecesores han combatido y Nós combatimos también. La importancia suprema de esta libertad inspira al Vicario de Jesucristo esta constancia que el mundo no puede comprender y que aun en medio de las más graves dificultades es la prenda segura de la victoria. Mas de la misma manera que en tiempos de San Gregorio la Italia no pudo permanecer extraña é indiferente a los destinos del Pontificado romano, de la misma manera debe suceder hoy.

» Resistiendo a la prepotencia de aquellos que intentaban abatir la Iglesia, San Gregorio consiguió, como acabáis de recordar, impedir en Italia la preponderancia de la dominación extranjera é inaugurar una era de prosperidad y de gloria, que gracias a la diligencia de los Pontífices romanos sucesores suyos, llegó a su apogeo bajo Alejandro III. La heroína de Canossa acudió valerosamente en auxilio del Pontífice, y su nombre, así como el de San Gregorio, ha llegado hasta nuestros días inmortal y glorioso. Es bien cierto que si en esta época la Italia pudo encontrar un refugio y un amparo, fué gracias al Pontífice romano, y toda la historia de aquellos tiempos demuestra luminosamente que el bienestar y la grandeza de la Italia, depende en gran parte de su fidelidad en permanecer amiga del Soberano



Pontífice y sinceramente adherida á su poder supremo.

»Combatir por consiguiente al Pontificado romano; pisotear los derechos de la Santa Sede, con el pretexto, según se pretende hoy, del bien de Italia, es una impiedad inspirada por las sectas que, siguiendo las huellas de los enemigos de San Gregorio, intentan ante todo reducir la Iglesia á la esclavitud y destruir su poder. Pero es una verdad, que no abrigo el temor de que sea desmentida, la de que Italia, unida al Papa, es respetada y grande y que la Italia sin el Papa está privada de su mayor gloria y de su mayor esplendor; en una palabra, que la Italia, rebelada contra el Papa, recogerá todos los males, que son la herencia de los enemigos de Jesucristo.

»¡Ah! Dios quiere que los italianos, penetrándose de estas luminosas enseñanzas de la historia, aprendan á discernir en medio de las revoluciones actuales, entre las obras tenebrosas de las sectas y de aquellas otras que, inspiradas en el verdadero bien y en el supremo interés de su país, tomen el ejemplo de la heroica Matilde y consideren su deber y su honor defender los derechos del Pontífice romano y defender la libertad é independencia de la Silla Apostólica. En cuanto á vosotros, muy queridos hijos, así como todos los que son en Italia sinceramente católicos, consagraos á realizar dicho fin. Que el ejemplo de aquellos que os han precedido y los frutos obtenidos os sirvan de estímulo, y que la celeste protección del Santo Pontífice Gregorio VII sostenga y anime vuestro valor. Conservad fuertes con la bendición apostólica que Nós concedemos, con afecto paternal, á todos los aquí presentes, á vuestra sociedad toda, á todos vuestros comités y á todos los católicos de Italia.»

Este discurso ha sido objeto de largos comentarios en todos los periódicos más importantes de Europa.

Las principales revistas del mundo que siguen de cerca el movimiento de los estudios históricos no pierden ocasión de alabar los incomparables servicios que el Papa acaba de hacer á la ciencia abriendo á los sabios los archivos del Vaticano.

El *Vaterland* de Viena publica últimamente un largo estudio sobre la obra *Monumenta Vaticana Hungariae*. «La apertura de los archivos en provecho de las ciencias históricas, dice el autor, quedará indudablemente como uno de los actos más gloriosos en la historia del Pontificado actual.»

Pero lo que debe satisfacerlos aún más que estos testimonios de reconocimiento, es ver hasta qué punto León XIII estuvo bien inspirado al tomar tan generosa iniciativa. Gran admirador del Papado en sus glorias é inapreciables servicios, León XIII pensó que el medio mejor de acreditar el nombre y honor de esta dinastía imperial, era hacerla conocer por sus actos.

La Iglesia no tiene nada que temer á la verdad; al contrario, encuentra en ella su más firme apoyo y el fundamento de todas sus glorias.

El sepulcro de Clemente IV ha sido objeto de una tristísima profanación. He aquí cómo lo refiere un periódico italiano:

«Clemente IV, francés de origen, nacido de la familia Gros, había sido secretario del santo rey Luis IX. Elegido Papa en 1265 en Perugia, murió en Viterbo en 1268, siendo sepultado en la iglesia de Santa María de *Gradi*. En 1793, cuando tuvo lugar la invasión de los revolucionarios franceses, la tumba de Clemente IV fué abierta; pero nadie se atrevió á tocar los restos mortales del Pontífice. Estaba reservado este supremo atentado á los revolucionarios italianos. Han profanado lo que los más feroces vándalos hubiesen respetado. A favor de las tinieblas y en el mayor secreto, por el temor sin duda de levantar la indignación de los católicos de Viterbo, se ha cometido el crimen.

»Durante la noche del 19 al 20, algunos obreros, conducidos por el secretario y el ingeniero de la Municipalidad, pusieron mano á la demolición del mausoleo de Clemente IV.

»Bien pronto encontraron en el interior la urna en mármol, que contenía otra de madera, y abierta ésta se vieron los restos del Pontífice, cuyo esqueleto conservaba aún por su estructura regular la forma primitiva del cadáver. Se suspendió luego la obra arbitraria y sacrilega, pero á la mañana siguiente el subprefecto, prevenido de la cosa, fue al lugar, y sin otra formalidad arrancó al esqueleto el rico anillo pontifical que llevaba, los guantes, las sandalias y la estola. El esqueleto fue conducido después al palacio municipal, desde donde será enviado, dicen, al museo de la antigua iglesia de San Francisco. A todo esto, no se ha tomado la pena de formar el menor proceso verbal para acreditar la

autenticidad de los restos mortales de Clemente IV, tan audazmente profanados.»

Parece mentira que en Italia, cuya mayor gloria consiste en poseer memorias y sepulcros venerandos, se ejecuten atentados de este género, refractarios á las más leves nociones de civilización. Esto prueba cómo está el mundo.

Sobre los últimos momentos de Víctor Hugo se han suscitado dudas que bien podemos calificar de consoladoras. Hay quien dice que el infeliz poeta pidió un confesor; pero lo que resulta evidente es que la familia del enfermo interceptó los ofrecimientos hechos por el Cardenal Arzobispo de París y el Sr. Obispo de Angers.

*La France*, diario de ideas poco religiosas, asegura que Víctor Hugo, el ídolo de los ateos, al entrar en la agonía repetía sin cesar: *Creo en Dios*.

Según *Le Matin*, el moribundo dijo: *Veo luz, luz negra*.

Otras varias versiones corren relativas á estos hechos, que prueban, por lo menos, la repulsión que es todavía, gracias á Dios, la idea de la impenitencia final.

También se dice que Víctor Hugo en su testamento consignaba el terminante deseo de ser enterrado con sus hijos.

En tal caso, resulta plenamente demostrado que el Gobierno y la familia postiza de Víctor Hugo sólo han querido aprovechar la coyuntura para arrancar al culto católico la iglesia de Santa Genoveva.

Volvamos hoja para recrearnos con hechos más consoladores.

Una correspondencia de *La Semana Religiosa* de Tournay anuncia varias curaciones admirables hechas por Nuestra Señora de Lourdes entre los peregrinos belgas.

Pero la más notable es la de una monja del convento de Hautraje, que, no pudiendo asistir á la peregrinación por impedírselo la regla del convento, encomendó á un primo suyo, presbítero, el encargo de presentar todas sus devotas peticiones á la Virgen, y de bañar su propio retrato en la milagrosa fuente.

La monja padecía de la espina dorsal y estaba paralítica. Comenzó una novena con todo el personal del convento para sustituir á la peregrinación; dejó de tomar medicamentos, tomando en su lugar agua de Lourdes, y por fin, el último día de la novena, al rezar el santo Rosario, pudo la enferma arrodillarse muy bien, y al concluir se encontró completamente buena, sintiendo sólo una pequeña molestia en los nervios.

Este hecho causó grandísima impresión en el convento, admirando y bendiciendo la misericordia de Dios y de su Santísima Madre.

Hechos de esta naturaleza se repiten á cada instante; pero la prensa que se complace en divulgar los actos impíos, como el entierro de Víctor Hugo, por ejemplo, se cuida mucho de ocultarlos, para que no iluminen con su luz inefable la oscuridad de los errores y crímenes cometidos por la revolución.

Otro hecho edificante.

En el Seminario de Strasburgo acaba de entrar un personaje para emprender los estudios eclesiásticos y ordenarse de presbítero.

El personaje se llama el barón de Bulach, un diplomático distinguido; ocupaba una posición brillante en la sociedad, gozaba de la amistad de Bismarck, y todo lo ha abandonado para vestir la humilde sotana de seminarista.

El suceso ha llamado poderosamente la atención en toda Alsacia, debiendo notarse que cuantos periódicos han dado cuenta de él, y han sido todos los de la provincia citada, hacen cumplida justicia al mérito sobresaliente y notorias virtudes del joven levita.

El Ministerio inglés, que preside Gladstone, está en crisis. La causa consiste en haber desaprobado las Cámaras legislativas el presupuesto de ingresos, y principalmente porque en él se introducía un aumento en los derechos de importación de las cervezas y los alcoholes.

En el momento de escribir estas líneas no se sabe más. Quién habla de la subida de los conservadores presididos por Northcote, entrando en negocios extranjeros el marqués de Salisbury; quién de la reconstitución del Gabinete liberal; quién de la continuación del actual, cuya herencia no es apetecible. Esperamos algunos días para no perder el tiempo en inútiles conjeturas.

El Cardenal Manning acaba de iniciar en una revista de Londres una idea que puede ser fecunda para la civilización. Propone el establecimiento de una asociación del Nilo, análoga á la asociación

del Congo, diciendo que si el alto Nilo estuviera ocupado por la industria y el comercio, la trata de esclavos rápidamente moriría. Inglaterra, según él, se halla en condiciones para tomar la iniciativa, y tal asociación sería un monumento consagrado al recuerdo de la heroica vida y muerte de Carlos Gordon.

El artículo del sabio purpurado ha producido, como ahora se dice, gran sensación. Por algo se empieza.

Por fin es un hecho la paz definitiva entre Francia y China. Este hecho será saludabilísimo para las misiones católicas, que tanto han padecido con la última guerra. El estado de estas misiones, que ha costado tanta sangre de mártires, es el siguiente, según datos de Mr. Acrimondi, misionero italiano que ha pasado veintiséis años en Oriente y que ahora es Obispo de Aconthe y Vicario apostólico de Hong-Kong.

Hay en este momento en el Celeste Imperio 35 Obispos, de los cuales son 17 franceses, 12 españoles, 3 belgas y 1 holandés. Administran 33 vicariatos apostólicos que corresponden próximamente á otras tantas provincias chinas. Ayudantes en la propaganda 565 sacerdotes extranjeros y 542 indígenas. La última estadística arroja cerca de medio millón de católicos chinos.

Los misioneros visten como éstos, comen arroz y se acuestan sobre la dura tierra, siguiendo en todo las costumbres del país, cuando no están reñidas con la moral. Con arroz, pescado y un poco de cerdo se mantienen en el interior de China. La vaca y el vino europeo no se ven nunca por allí.

Tienen poco dinero y gastan poco. Quizá ningún Misionero europeo gaste más de diez duros al mes en alimento y vestido. Todos los fondos se emplean en iglesias, escuelas, asilos de huérfanos y otras instituciones necesarias al fin de la Misión.

Monseñor Calcros, que murió en Fohkien hace cuatro años, celebró sus bodas de oro como Obispo. Había estado cincuenta años en China sin dejar la Misión ni una sola vez. Ahora los hay que hacen treinta años que están en el interior del país.

El trabajo de estas misiones es muy lento; pero indudablemente muy fecundo para la civilización. Lo que hace allí falta es dinero, porque los chinos son codiciosos, y además las obras de las misiones carecen de recursos en el país.

Que los católicos de Europa no se olviden de las Misiones de China.

X.

## LOS GRABADOS

EL DR. D. JAIME FERRÁN

Inventor de la inoculación colérica y primer observador de la evolución del microbio descubierto por Koch.

Sea cualquiera el fallo definitivo de la ciencia acerca de la inoculación colérica, es indudable que el Dr. Ferrán se ha granjeado con sus descubrimientos y con sus estudios un lugar eminente y una fama universal en los anales de la medicina moderna. Partidarios y adversarios del médico tortosino, todos convienen en reconocer la habilidad, el talento y la aplicación incansable con que ha llevado á cabo su empresa, á la que sólo falta la sanción del tiempo y la prueba en vastas epidemias. Nuestros lectores verán en otro lugar el retrato fotográfico del Dr. Ferrán, cuyo nombre no deja un momento de sonar en los labios de todo el mundo. Respecto á su biografía, vamos á transcribir algunos datos del sabio Sr. Landerer, amigo íntimo del Dr. Ferrán, que se halla como nadie en disposición de apreciar su mérito y sus trabajos.

«Don Jaime Ferrán nació en Corbera (Tarragona) el 1.º de Febrero de 1852; cursó la segunda enseñanza en los Institutos de Tortosa y Tarragona, y en la Facultad de Medicina de Barcelona hizo todos los estudios de la carrera, que terminó en Diciembre de 1873, instalándose un año después en Tortosa, en donde ha ejercido y ejerce con lucimiento su profesión, y cuenta con una clientela respetable por su número y calidad, á la que atiende con verdadero interés. Es muy amante de su familia y amigo de sus amigos, y su carácter bondadoso, desinteresado y por todo extremo complaciente, le ha granjeado muchas simpatías.

«Espíritus amplios como el suyo no pueden acomodarse á la estrecha cuadrícula trazada por las atenciones fijas de su cargo, y una vez cumplidos con conciencia los deberes que éstas imponen, Ferrán aprovecha todos los momentos hábiles para dedicarse á otros estudios afines con la Medicina; y como no sólo es hombre de ciencia, sino artista, hasta encuentra tiempo para cultivar la fotografía y dominar el asunto más allá de lo imaginable, y pintar cuadros de historia y retratos al óleo de un perfecto parecido, como lo demuestra el que ha hecho del que estas líneas suscribe. Cuando se hallaba en el apogeo de sus aficiones pictóricas, me decía: «Desengañese usted; he errado la vocación; yo nací para el arte.» «No — le contesté; — usted ha nacido para la ciencia; y si no, al tiempo.» Poco después se enamora de un microscopio para el estudio de las rocas, me hace encargar á Nachet uno para estudios histológicos, y aquí comienza á entrar en relaciones con los pequeños organismos y á



apoderarse de sus secretos. Para las necesidades de su técnica le he visto improvisar aparatos con los medios más rudimentarios; él mismo se ha ideado las estufas para los cultivos de microbios, y soplado los tubos y las bolas de vidrio, de que se hace tanto consumo en esta experimentación; en una palabra: es el hombre habilidoso por excelencia.

"Ferrán no es rico; y como en el verano pasado se presentase ocasión de estudiar a fondo las cuestiones relativas al cólera en el Mediodía de Francia, y sus recursos habían quedado harto quebrantados por los gastos que entrañan los libros e instrumentos necesarios en estos estudios, acudió al concurso que a la sazón abría el Municipio de Barcelona, obteniendo el cargo de naturalista micro-biólogo de la Comisión nombrada para estudiar la enfermedad en Tolón y Marsella. De este viaje regresó sin otra ganancia que la mayor instrucción, por los datos recogidos y las ideas atesoradas, ideas que han germinado lentamente durante el invierno en el laboratorio de su entendimiento y fructificado en el de su casa, produciendo, por último, los resultados que el público conoce."

Respecto a estos resultados, dice el mismo Sr. Landerer: "Es de advertir que la gloria de Ferrán no consiste sólo en haber descubierto la eficacia de la vacunación cólerica, ó de la *colerización*, hablando con propiedad, sino en haber sido el primero que ha puesto de manifiesto todas las fases de la evolución del microbio, del *bacillus virgula*, descubierto por Koch. Inteligencia clara para descubrir en lo que a la ciencia se contrae, ha comprendido que lo uno era complemento necesario de lo otro, y ha querido descifrar todos los enigmas que tan compleja cuestión envuelve. No cabe duda de que lo ha conseguido totalmente, y de ello da tantas pruebas, y razones tan adecuadas y convincentes, que no hay más remedio que rendirse a la evidencia. El que estas líneas suscribe es amigo suyo, y por virtud de esa amistad, y no por propia suficiencia, comprende lo que vale y cuánto pudiera su ánimo decaer ante las escabrosidades de investigación tan profunda, y más de una vez ha solido decirle: "Adelante, Ferrán; usted ha de ser el Pasteur español, y no tendría disculpa si no continuase estos trabajos." Confieso que no esperaba menos, y apelo de mi aserto a su propio testimonio."

"Iniciado en la severidad de experimentación que Claudio Bernard y Pasteur establecieron, encanta la técnica que ha seguido hasta llegar a fundar su doctrina, y el rigorismo con que ha procedido en los detalles más minuciosos. Las preparaciones microscópicas, los cultivos y los conejillos sometidos a múltiples pruebas, son los elementos de la órbita que recorre noche y día nuestro infatigable micro-biólogo. Las conquistas se suceden una tras otra; el terrible microbio se domestica en sus manos, y al fin llega al coronamiento de la obra, á adquirir la certidumbre de que domina el ciclo completo del temido organismo, la atenuación de su actividad patogenética y la inmunidad que, respecto de nuevas inoculaciones de cultivo, contraen los seres vivos previamente inoculados. Entonces es cuando se decide á inocularse, y él y su compañero don Inocente Pauli, que tanto ha contribuido con su perspicuidad y con sus luces á hacerle la labor menos ingrata, *se inoculan del cólera*, sufren un remede de la enfermedad en su forma más benigna, y, por consiguiente, *resisten*; nuevas inoculaciones apenas les producen efecto, y queda demostrado en círculo, estrecho, es verdad, pero tangible, que el árbol de la teoría, cultivado con tanto trabajo de estudio, de tiempo y de dinero, daba sazonado fruto, el fruto práctico suspirado. Posteriormente nuevas experiencias han venido á confirmar de una manera brillante aquel resultado."

#### LA CENA DE JESÚS EN CASA DE LEVÍ

Cuadro de Pablo Veronés.

Este célebre pintor veneciano, que nació en 1528 y murió en 1588, es autor de cuatro famosísimas Cenas; las *Bodas de Caná* que pintó para San Giorgio Maggiore; la *Cena en casa de Leví* para el convento de San Juan y San Pablo; la *Cena en casa de Simón*, el *Leproso* para el de San Sebastián, y la *Cena en casa del Fariseo* para los Padres Servitas. En todos respaldan en alto grado las cualidades de su autor; majestad y nobleza en los tipos, sobriedad en las ropas, naturalismo como el de Velázquez, llevando la pompa de los colores á un punto deslumbrador que embriaga y fascina á su hermano Benedetto, que tenía grandes conocimientos en arquitectura y reunía facilidad y gracia para las escenografías; le ayudaba casi siempre en la disposición de los fondos de sus composiciones. Así puede verse en este cuadro una decoración arquitectónica notabilísima, lo mismo que en el más conocido de las *Bodas de Caná*, que está en el Louvre. En las obras del Veronés, como en las de los demás pintores de su tiempo, no se observaba la exactitud arqueológica que hoy tanto se recomienda, de modo, que las Cenas de Veronés son representación de los festines de su época, con los mismos trajes, usos y muebles de la sociedad italiana del siglo XVI.

El grabado que publicamos es obra maestra, por la exactitud y limpieza con que está ejecutado sobre un dibujo de Carloni.

#### LA ERUPCIÓN DEL VESUBIO DEL DÍA 2 DE MAYO ÚLTIMO

En la tarde del 2 de Mayo último sorprendió á los napolitanos una erupción de su famoso volcán, que se anunció con circunstancias muy alarmantes. De pronto se abrieron tres bocas por debajo del cráter principal, muy cerca de la estación superior del camino de hierro funicular, y la lava, que brotó en gran abundancia, tomó la dirección de Torre del Greco y de Torre Annunziata. El día 4 invadía los territorios cultivados por cima de estas dos poblaciones, corriéndose por entre ambas. En este punto, gracias á Dios, se detuvieron, por haber disminuido la fuerza de la erupción.

El croquis inferior de nuestro grabado representa las tres bocas abiertas debajo del cráter del volcán.

El pequeño muestra á los habitantes de las aldeas huyendo delante de la lava, que avanzaba amenazadora. Por último, el superior es una vista del camino de hierro funicular. Este camino fue construido en 1880. Comienza al pie del gran cono, que es donde termina la carretera de Resina, y se eleva sobre un plano inclinado de 50 grados hasta la cima. Una máquina fija, establecida en la estación de partida, pone en movimiento dos cables de acero que remolcan dos wagones, de los cuales el uno sube y el otro baja. Por este medio se hace la ascensión en pocos minutos, mientras que antes se necesitaba una hora, tanto más larga, cuanto más penosa, pues el piso es de cenizas ardientes que abrasan los pies, ó de escorias de lava que se hunden y deshacen al pisarlas.

Quiera Dios que esta nueva erupción, tan pronto calmada, no sea el aviso, como ha sucedido otras veces, de una gran catástrofe.

#### PUERTA PRINCIPAL DE LA CARTUJA DE PAVÍA EN ITALIA

La Cartuja de Pavía es, sin duda, uno de los más bellos monumentos de Italia y tal vez el monasterio más suntuoso de la cristiandad. En lugar de estar situado, como sucede con otros monasterios, en un yermo solitario, se halla erigido en una llanura fértil y ocupa con sus numerosas dependencias el espacio de una ciudad populosa. Juan Galeas Visconti fué el fundador en 1396. Por mucho tiempo se ha tenido á Heinrich von Mouden (Enrique de Gamodia)—el mismo que comenzó la catedral de Milán—por el arquitecto de la Cartuja. Nuevas investigaciones dieron motivos para atribuir la obra á uno de los arquitectos de Campioné. Por último, resulta de un manuscrito de los archivos de San Fedele, que el arquitecto fué *Bernardo de Venecia*. La bella fachada fué proyectada por Ambrosio de Fossano, llamado el *Borgonón*.

Esta fachada no llegó á terminarse. Su ornamentación no puede ser más delicada, hasta el punto de que el primer cuerpo se puede considerar como obra de *cinceladura* y el segundo como de *marquitería*.

Pertenece al estilo más puro del renacimiento, y aunque con excesiva ornamentación, ofrece en sus proporciones muy bella traza, digna de los grandes monumentos italianos que iniciaron la reforma de la arquitectura greco-romana.

Nuestro grabado representa la portada, ejecutada por Soleri, Agrote y della Porta, con tal esbeltez y elegancia que anuncia las maravillas del interior del monasterio. Fué éste cerrado por José II de Austria, que confiscó sus bienes. Durante el Directorio se quitaron hasta los plomos de las techumbres. Abandonado por mucho tiempo, volvió á ser entregado á los Cartujos en 1845, sufriendo por último las tristes consecuencias de la revolución italiana.

## LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA

### II

AL SR. D. VALENTÍN GÓMEZ

**Q**UÉN le ha dicho, mi querido Sr. D. Valentín, que no es usted el amigo n. á quien enderecé mi plañidero artículo anterior, como usted le llama...? Bien sé yo que Valentín no empieza con n; pero usted sabe también que con n acaba; y quizá yo distraído leí de derecha á izquierda, por mis aficiones á la literatura rabínica, ó quizá quise hablar en anagrama, y decir, v. gr. *Ninteval*, en vez de Valentín, si es que la n no fué equivocación de los cajistas. ¡Vaya usted á averiguarlo...! Ello es que usted algo barruntó; pues de lo contrario, se hubiera callado para no exponerse á tropezar por ahí con mi amigo n. que le dijera: «Caballero: eso no va con usted, que va conmigo.»

Seguro estoy de que no ha tenido usted semejante tropiezo: por lo menos, yo no he recibido contestación del amigo n.; y si no es usted, habremos de convenir en que maldito el caso que de mí hace aquel á quien me dirijo, y en que usted se metió en donde no le llamaban: cosas ambas de que, por decoro, debemos procurar que no se entere la gente.

Pero, ahora que me acuerdo: ¿no vió usted que mi artículo era respuesta á un amigo que me había preguntado: «¿Por qué no haces versos ya?» Pues ese era usted forzosamente. O ¿cree usted que en este momento histórico hay dos españoles á quienes les pueda ocurrir hacer á nadie tal pregunta?

Así comprendo el artículo de usted, que, al pronto, me pareció tan inexplicable como bien escrito. Sí, Sr. D. Valentín: ¿cómo se conoce que usted es dramático y escritor impenitente! ¿Cómo se conoce, á pesar de su buen sentido y de su discreción, que anda usted con frecuencia por los mundos imaginarios...!

¡Cuánto le envidio! Sí, le envidio á usted, porque puede y quiere sustraerse á la abrumadora realidad que nos rodea; porque tiene alientos y esperanzas para luchar en el campo de la literatura.

Yo no afirmaré que la lucha es imposible, ni lo dije en mi artículo anterior. Consigné, sí, que el arte se halla en deplorable situación, y usted, como

yo, lo proclama; y manifesté mi desaliento en vista del gusto dominante, de la falta de actores y compañías dramáticas, y de otras causas. Lo confieso, sí, señor: no tengo ánimo para acompañarle á usted por ahora en la lucha. Creo que en esta sociedad estamos derrotados, y con esta creencia no hay posibilidad de hacer cosa de provecho. De Maistre decía, y decía bien, que las batallas no se pierden mientras no se dan por perdidas. Un soldado que haga frente al enemigo puede todavía cantar victoria.

En esto tiene usted razón; y en mi deseo del bien no llevaré yo mi pesimismo al culpable extremo de querer que impere el mal completamente, ni aun en el terreno del arte. Aplaudo y bendigo todos los esfuerzos que se hacen para conservar ó restaurar el arte bello, en medio de la invasión del arte feo. Miro con amor este humilde periódico, y le ayudaré con mis escasas fuerzas, no ya por ser una obra de caridad, sino también por serlo de arte y de literatura; y en donde quiera que haya quien me tienda la mano, para dar ó recibir auxilio, tenderé amorosamente la mía.

Es decir, que no trata usted con un desertor del campo de batalla. Pero la gran lucha entre el bien y el mal, entre la civilización verdadera y el naturalismo contemporáneo, tiene muchas formas; y la actividad cristiana, siempre fecunda, puede emplearse de muchas maneras. Llevar la luz á un entendimiento oscurecido; consolar un corazón triste; infundir piedad y misericordia en los poderosos, resignación y esperanza en los miserables; arrancar de las garras del vicio y levantar de la abyección á seres desgraciados, hermanos nuestros; erigir templos para la fe y la oración, asilos para la indigencia y la virtud; concurrir, en una palabra, á la acción incesante de la Iglesia, aunque no sea en el campo de la bella literatura, y aunque sea en esfera humilde y reducida, ¿no le parece á usted buena batalla?

Yo no digo, ¡pobre de mí! que esa batalla es mi tarea. Lo que digo es que juzgo esa batalla la más útil y salvadora en los presentes tiempos, y que, con la gracia de Dios, quizá tendría hoy más constancia y aun más gusto para un trabajo oscuro y servil, y no sé si diga para darme disciplinazos, que para escribir comedias y versos.

Por eso no hacen al caso los grandes ejemplos que usted pone en su artículo, recordando que Cervantes y Guillén de Castro y Alarcón, y recientemente el malogrado pintor Rosales, vivieron despreciados ó oscurecidos, aunque estos recuerdos son muy á propósito para animar á cualquier artista sin fortuna, y sobre todo, para quitarle el derecho de quejarse. Pero no se trata de eso, querido Valentín: supongo que usted no me tiene ni se tiene por un Cervantes; y sin embargo, es la verdad que, comparados con él, somos casi unos potentados. ¿Cuándo hemos sido ayudas de cámara, y soldados de fila, y recaudadores de contribuciones; ni cuando hemos andado presos y cautivos, y sin tener un pedazo de pan en nuestra casa?

Podía usted, pues, buscar otro argumento. Yo no me quejo de mi suerte, ni del estado personal de los escritores, quizá mejor hoy que en otras épocas: me lamento del estado social que, contrayéndonos á la literatura, es incomparablemente peor que en los pasados siglos; peor que hace unos cuantos años. El mismo Cervantes oscurecido, Alarcón despreciado, sufrían, sí, los rigores de la fortuna, las injusticias sociales, las persecuciones de la envidia; pero veían á Lope embelesar á un pueblo creyente y entusiasta; vivían entre arte y literatura; tenían el consuelo de oír á todos hablar su lengua, y respiraban el aire libre y cristiano de la patria española.

Deme usted un pueblo así; ¿qué digo, un pueblo? una provincia, una ciudad, una sola aldea; y en ella me sentiría como renovado y rejuvenecido, y cantaría aunque nadie me oyese. Cantaría en una reunión de amigos cariñosos; en un cantiverio entre hermanos: cantaría en una soledad, dije en el artículo á que usted galantemente contesta; porque, en una soledad no vendrían los ruidos del mundo á turbar las voces de mi alma y á sofocar los impulsos de mi corazón...

Estos mismos escritos nuestros serían leídos y comentados si trataran de negocios mercantiles ó de política personal, si fueran una disputa escandalosa. Tratan de literatura, y seguramente no los han leído ni nuestros amigos personales, ni leerán los que escribamos en lo sucesivo. Créalo usted, amigo Valentín: la sociedad no busca por ahora literatura ni versos: la sociedad cristiana, porque está conturbada, dividida y oprimida, y siente otras más apremiantes necesidades; la sociedad dominadora, el siglo, el mundo, porque están dominados ellos por el más desenfrenado naturalismo.

Dice usted que el pueblo siempre fué como es



hoy; que los tiempos son iguales...! ¡Qué enorme diferencia entre tiempos y tiempos! digo yo. La misma generación presente vió llamado á Madrid á un humilde y oscuro joven de provincia, sin otro mérito que ser autor de unos cuantos versos, y vió antes aclamado á otro joven desconocido por recitar una docena de versos en un entierro. ¿Hay cosas parecidas en estos días? ¿Hay siquiera aquellas academias y sociedades literarias y artísticas que todavía abundaban hace algunos años? En las casas de los grandes, en las de los académicos, en las tertulias particulares, hasta en las mesas del café, había hace muy poco tiempo reuniones literarias, ó cuando menos, instructiva conversación y amenas lecturas. Ahora, usted lo ha visto como yo: hasta en el famoso saloncillo del teatro del Príncipe, que nos han pintado como centro de literatura, poesía y arte en los recientes tiempos de Breton y de Ventura de la Vega, de Romea y de Guzmán, se suele hablar de todo menos de letras.

No; no hay atmósfera, no hay espíritu literario ni artístico en nuestros tristes días. La literatura vive de recuerdos y de esperanzas, de ideales y de tradición, como decía en mi anterior escrito. Lo presente sólo jamás dió ni puede dar origen á arte bello alguno, y engendra siempre el realismo desolador que ahora nos mata. No pregunto qué hombre, qué individuo; pero sí, ¿qué pueblo, qué sociedad se cura del mañana y tiene amor á sus glorias de ayer? Producir, gozar, dominar: el *vacare a dolore* de Epicuro parece el grito de la sociedad contemporánea; y ya sabe usted que Epicuro, negando toda perfección, todo ideal, toda vida futura, se declaraba formalmente, y por este motivo, adversario de las bellas artes.

Las sectas revolucionarias, de igual manera, aunque lo nieguen y aun lo contradigan con su conducta muchos de sus adeptos, son también enemigas del arte y de la poesía; porque ellas buscan el bien y la felicidad en la tierra, no esperando la del cielo, y el arte es una aspiración celestial, un esfuerzo del alma desterrada que anhela por vislumbrar la patria y no se detiene, ni menos se enfanga, en las asperezas del destierro.

Algo de esto sentía, en medio de los errores de la moderna escuela romántica, el pueblo que aplaudió y ensalzó á los poetas que usted cita: á los autores de *Los Amantes de Teruel* y *El Trovador*, y más tarde al de *El tanto por ciento* y al de *Un drama nuevo*, que por dicha vive, aunque no para el arte. Pero ¿cree usted que si hoy se estrenaran esas obras famosas tendrían el éxito que tuvieron? ¿Cree usted que alcanzarían los ruidosos triunfos que ahora alcanzan los dramas sensualistas ó revolucionarios y las comedias necias y disparatadas...? No; amigo mío, no; y algo debieron comprender hace tiempo el autor de *El Tejado de Vidrio*, que calló durante muchos años, y el de *La bola de nieve*, cuyo largo silencio dura y parece que durará...

En su extravío, la doncella que hace cuarenta años comía tierra para estar pálida, y no podía llamarse Juana ó Pepa, sino que había de llamarse Leonor ó Elvira, y no podía casarse pacíficamente y en familia, sino mediante un rapto á la luz de la luna, ó entre el fragor de la tormenta, buscaba algo noble, grande, ideal á su manera, y era un tipo digno de estudio, susceptible de perfección y útil para el drama: pero la joven que no piensa más que en los moños, ó en el palco, ó en el coche, y no va al matrimonio llevada por el amor; la que, en rigor, pudiera decirse que no se casa, sino que se vende, ¿qué es ni para qué sirve en el arte? ¿Qué arte puede haber, mejor dicho, cuando la sociedad en general está así, dominada por el naturalismo y la sensualidad y por el espíritu revolucionario? ¿Cómo ha de vivir la poesía en una sociedad que no piensa más que en el dinero y en goces materiales; en una sociedad sierva de la gran prostituta del Sena, de ese París, cuyo arte es la corrupción, y que derrocha inmensas fortunas en fiestas ultrapaganas, para presentarse magnatas y damas aristocráticas con las formas de los irracionales?

Dos ejemplos recientes: uno de casa, otro de fuera, muestran el triste estado de la poesía. Aquí Zorrilla, el insigne autor de los *Cantos del trovador* y de *El poema de Granada*; ese poeta ilustre, cuya lectura ha embelesado nuestra juventud, ingresa en la Academia Española, acompañado de toda la pompa oficial, de todo el aparato de la corte. Y sin embargo, como él lo proclama en su discurso, ya no tiene popularidad, ni es apenas leído ni conocido. Bardo de la tradición, cantor de los recuerdos, dijo un día:

Cristiano y español, con fe sincera  
Canto mi religión, mi patria canto;

y el trovador, que era recibido y agasajado en la morada señorial y en la pobre choza, porque su voz despertaba dulces recuerdos y grandes amores, es

ya extranjero en su patria, y sus cantos no hallan eco en los corazones de sus hermanos.

En Francia, por el contrario, acabamos de ver la deificación de un poeta. Pero ¿es á Victor Hugo, poeta, á quien París ha tributado idolátricos honores? Bien sabe usted que no. Lo que París y el mundo moderno ensalzan es la idea revolucionaria y anticristiana, personificada en el autor de *Los Miserables*. Lo que ha ocurrido ahora es la repetición de la apoteosis de Voltaire; del enemigo, aunque adulador, de los reyes; del difamador del cristianismo; del que osó lanzar el más repugnante grito de guerra contra Cristo que ha resonado sobre la tierra.

El arte es hoy esclavo de los dos señores del mundo moderno: la revolución anticristiana y el sensualismo; y yo, con la ayuda de Dios, no doblaré la rodilla al poderoso: antes *al caso adverso humillaré la frente*.

¡Dichoso usted que se siente con mayores bríos! ¡Ojalá pudiera usted comunicármelos! No encontrará usted en mí rebeldías, ni verdaderas resistencias, sino sólo el desmayo que me produce el triste convencimiento de la gravedad del mal. Comprométase usted á formar una reunión literaria de media docena de amigos; menos que eso; á hablar conmigo una hora cada semana de poesía; á leer algo, propio ó ajeno, sin mencionar las miserias y las discordias de los hombres y de la política, y en poco tiempo me sentiré animado. Pero no se comprometerá usted, porque sabe que no puede cumplirlo; porque se le pasarán las semanas, y aun los meses, sin acordarse de que en su vida escribió versos y sin que nadie se lo recuerde, y con mil atenciones y luchas y quebrantos que ahuyentarían el recuerdo, si lo tuviera.

Esta es la causa principal de mi silencio; no, en manera alguna, la debilidad ó la cobardía enfrente del enemigo. Todo lo que he escrito ha brotado espontáneo de lo íntimo de mi alma, sin consideración de provecho alguno. Tengo muchos versos que ni se han publicado ni apenas los ha leído nadie, y los escribí con gozo, con amor, con entusiasmo, para desahogo de mi corazón y expansión de mis sentimientos; y eso haría hoy si, mejorando la triste situación de la sociedad cristiana, los sentimientos que me dominan fueran, por dicha mía, de los que tienen expresión adecuada en la bella literatura.

¡Qué más quisiera yo! Como ya dijo el orador romano en su defensa del poeta Arquía, las bellas letras pueden acompañarnos siempre; son consuelo y alegría en la juventud y en la vejez; en el hogar, en el campo y en el viaje. Cultivando el arte, se siente, ya que no la dicha del cielo, un contento íntimo y suave que es como una anticipación de ella, y en su campo ó en sus dominios se puede decir lo que bellísimamente expresaba también el gran Fray Luis de León contemplando la noche serena:

Aquí vive el contento;  
Aquí reina la paz; aquí asentado  
En rico y alto asiento  
Está el amor sagrado,  
De glorias y deleites rodeado.

FRANCISCO SANCHEZ DE CASTRO.

## DISCURSO PRELIMINAR

CON MOTIVO DE LA TRADUCCIÓN FRANCESA  
DE LA HISTORIA UNIVERSAL DEL SR. CUADRADO,  
CONTINUACIÓN DE LA DE BOSSUET



ofrecer al mundo literario, y particularmente á Francia, esta modesta traducción, paréceme conveniente y útil decir algunas palabras sobre el mérito verdaderamente excepcional del libro del Sr. Cuadrado.

Por otra parte, para que se aprecie la obra del ilustre escritor español, nos es preciso antes hablar de la obra de Bossuet, pues que ambas contribuyen á formar el mismo monumento inmortal, siendo la una la gloriosa coronación de la otra.

1 El ilustrado abate Mathieu, que está traduciendo al francés la continuación del *Discurso sobre la Historia universal* de Bossuet, escrita por nuestro compatriota el señor Cuadrado, nos ha facilitado la siguiente *Introducción* á su trabajo, para que se publique en España antes que en su país, ya que nos cabe la honra de haber sido un español quien ha completado la obra del célebre Obispo francés.

2 El autor de este escrito ha sido profesor de literatura francesa y director del Colegio Charlemagne, de Lyon (Francia); es autor de una *Gramática francesa-española*, recientemente impresa en Palma de Mallorca, y cuya superioridad teórica y práctica, ya conocida, han señalado hombres eruditos en la prensa de las Baleares, haciéndoles eco la de Madrid y varias provincias. — Está de venta dicha *Gramática* en casa del Sr. Murillo, calle de Alcalá, 7, Madrid. Dos tomos; precio, 10 pesetas.

Relativamente al gran Obispo de Meaux, de quien, en consecuencia, vamos á ocuparnos en seguida, ocurre de pronto la tentación de preguntarse por qué tanta gloria atribuida por la posteridad á su *Discurso sobre la Historia universal*.

Efectivamente, mucho tiempo antes de Bossuet, hombres eminentes habían, al través de los siglos, dedicado su pluma á referir los hechos de la humanidad llegados á su conocimiento. Fruto de la tradición más pura, al par que de la inspiración divina, aparecen en primera fila los libros de Moisés, formando, junto con los de sus continuadores, una obra aparte, y asentando los verdaderos y sólidos cimientos de la historia del género humano. Unos doce siglos más tarde, Grecia ve surgir de su seno al célebre Herodoto, nombrado el padre de la historia, y después Tucídides y Polibio. Roma tuvo, á su vez, sus historiadores: Tito Livio y Tácito, con quienes pueden juntar Dionisio de Halicarnaso, Apiano y, en fin, Nicolás de Damasco, que vivió durante el reinado de Augusto. A principio de la Era cristiana vienen Diodoro de Sicilia, Togo Pompeyo, autor de la *Historia filípica*, y Justino, que resumió sus trabajos. Fechando de aquella época, favorecidos los historiadores por los conocimientos más extensos y más exactos de la Geografía, y principalmente por las relaciones sociales establecidas bajo la influencia del cristianismo en el pensamiento de un mismo origen, de una misma fe, de un mismo amor y de un mismo destino eterno, entre las varias naciones que poblaban el globo terrestre, no limitáronse ya en escribir historias particulares; y, con Eusebio, obispo de Casarea, padre de la cronología y de la historia eclesiástica, empiezan los ensayos más serios de la historia universal. Concretándonos á los más notables, citaremos solamente á San Isidoro de Sevilla; á San Agustín en su *Ciudad de Dios*; á Salviano, Pablo Orosio, y Gregorio de Tours.

Ahora bien: ¿cómo se explica que después de todos aquellos historiadores, y tantos otros aun, cuyo siglo fué ilustrado por sus escritos voluminosos, y cuya enumeración, por otra parte, en este caso superfluo, se volvería fatigosa; cómo comprender que la obra sucinta de Bossuet, su *Discurso sobre la Historia universal*, produjese tan ruidosa resonancia hasta ser uno de aquellos acontecimientos que forman época en la república de las letras?

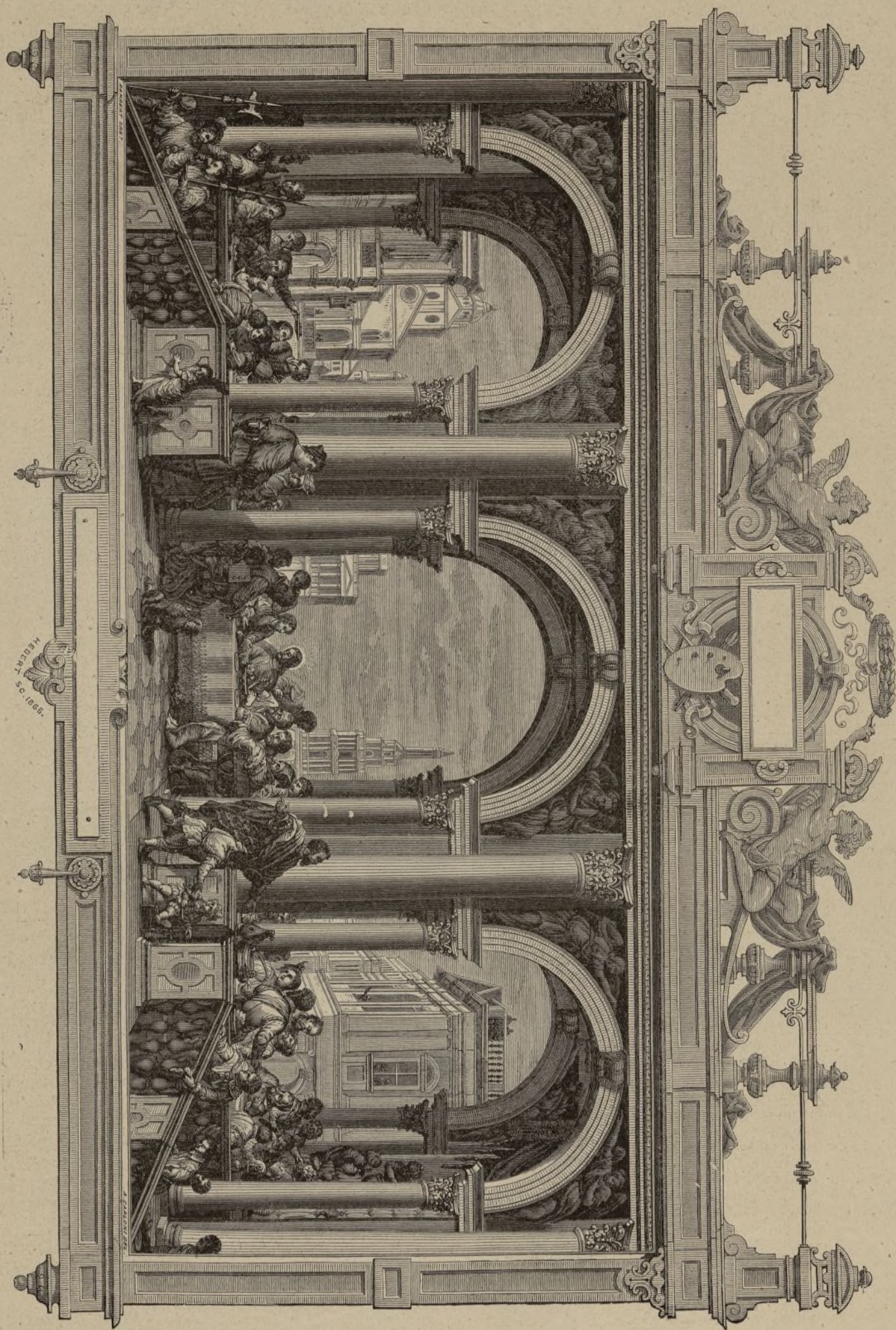
Mil otros libros de historia general han venido después del suyo: los unos, simples sumarios, y resumiendo los hechos de un modo más ó menos conciso; los otros, de una extensión sorprendente, dando pormenores nuevos y preciosos, tratando magistralmente y con estilo modelo las cuestiones más arduas, más interesantes de la religión y de las ciencias, así como es fácil convencerse por la admirable *Historia eclesiástica* del abate Darras. ¿Cómo sucede aún que el *Discurso* de Bossuet, en vez de perder de su gloria, se levanta siempre con las proporciones de un monumento grandioso, atrayéndose sin cesar la admiración particular de los hombres literarios y serios?

¡Ah! será porque ninguno habrá escrito la historia como él; á su genio superior, alumbrado por los esplendores serenos de su fe, tan juiciosamente sazonada, al par que por sus vastos conocimientos científicos, estaba reservado el resumir, con algunas páginas, con miras tan acertadas y profundas, toda la historia de la humanidad; él sólo, con sus garras de águila, podía disecarla, séame permitido decirlo, y presentarla de un modo tan claro, tan admirable, bajo los tres aspectos diferentes de la historia propiamente dicha, de la prosecución de la religión y de las revoluciones de los impíos; él sólo, finalmente, había sabido, como por un prodigio de potencia intelectual, hacer aquellas aproximaciones tan hermosas que ciertos escritores han creído deber llamar yuxtaposiciones, y que son en realidad un encadenamiento maravilloso de los sucesos, del cual resulta una deducción luminosa, dando las lecciones más instructivas y haciendo resplandecer por encima de todo la acción de la divina Providencia. Apodérase, en efecto, del lector inteligente, amigo de la verdad y solícito de su eterno destino, un éxtasis lleno de respeto cuando ve en un triple cuadro tan reducido y rebosando de luz abrirse claramente á sus ojos el horizonte de la historia, desde la cuna del mundo hasta la época de Carlomagno, y desarrollándose naturalmente y sin esfuerzo los sucesos, como por una cadena lógica y nunca interrumpida, con sus causas misteriosas y profundas, con sus efectos y consecuencias ya previstas, según los planes admirables de la Divinidad, que deja agitarse libremente á la humanidad al par que la dirige.

Para juzgar racionalmente la *Historia universal* de Bossuet es preciso no perder de vista, ni la naturaleza limitada de su asunto, ni aquel gran pensamiento de alta evangelización, tan digna del ilus-



LA CENA DE JESÚS EN CASA DE LEVÍ.  
Cuadro de Pablo Veronés.



tre obispo de Meaux, que presidió constantemente á la composición de su obra. Pues bien, citando los hechos históricos con toda la exactitud que su asunto toleraba, resumiéndolos, recapitulándolos siempre que es menester, con aquella superioridad airosa que fué el privilegio exclusivo de su genio, se aplica sobre todo á volver sumamente provechoso su trabajo, á dar á los príncipes y á los súbditos, á las naciones y á los particulares, á todos aquellos, en fin, que saben y quieren comprenderlas, las lecciones más útiles y elocuentes; sin descuidar nada de todo lo que puede contribuir á la felicidad de los pueblos y de los individuos, trabaja ante todo en llevar, por la luz de la razón, los hombres á la fe, á la

verdad, á Dios, á su bienaventurado y eterno destino.

Pues ¿quién sostendrá que no haya superlativamente alcanzado este fin tan hermoso, tan sublime, tan digno de su vasta inteligencia y grande carácter? ¿Cómo, sino obstinándose á cerrar sistemáticamente los ojos á la evidencia, dando á los otros el derecho de negar todo lo pasado, poder resistir á la fuerte lógica por él desplegada en el desenvolvimiento de la religión? Moisés de la edad moderna, hace tocar con el dedo las leyes divinas y humanas; Esdras del nuevo pueblo de Dios, por bien de la humanidad entera, va recogiendo y restaurando los libros esparcidos ó perdidos; por él hablan los pro-

fetas con aquella autoridad indisputable propia de su misión celeste, y, como con tanto acierto lo dice un polemista contemporáneo, manifiéstase verdaderamente profeta en la exposición de los profetas.

De grado ó por fuerza se sufre el influjo de aquella voz profética, inspirada, cuyos razonamientos vigorosos, fuertemente apoyados sobre las páginas incontestables de la historia, enseña al género humano, sin que le sea posible dudar, por el camino ya recorrido, la vía que se ha de seguir para llegar con seguridad á la recompensa ó al castigo, al fin señalado por la Divinidad, y que hay plena libertad de escoger.



Así comprendida y explicada, ¿puede la obra de Bossuet calificarse á veces de inexacta bajo el punto de vista histórico, como lo han algunos pretendido? ¿Y están éstos en la verdad al afirmar que la idea teológica ha dañado á su método de historia universal? ¡Ay, señores! cuando queremos permitirnos críticas tales, haremos bien en acordarnos de que nos hallamos enfrente de una figura realmente gigantesca cuya altura corremos el fácil riesgo de no medir con la precisión debida; no debemos olvidar que Bossuet era harto ilustrado histórica y científicamente, y harto celoso de la verdad y de su gloria literaria para exponerse á escribir errores de esta clase, fundando precisamente su principal obra maestra sobre una idea falsa y dañosa á su trabajo,

así como á su gloriosa memoria. Conocía demasiado el espíritu humano, cuya libertad y opiniones diversas sabía, por otra parte, respetar, para no prever que su libro tendría que luchar con la crítica de algunos, sin dejar de ser por eso el objeto de su admiración; pero tampoco ignoraba que sería su mismo libro un manantial de alta instrucción, de inapreciables beneficios para todos, y que, justamente á causa de la idea teológica de su método, su obra pasaría al través de las generaciones, gloriosa é inmortal como la verdad inmortal y viviente en que descansa, y que es el principio divino al par que el fin sumamente dichoso de toda criatura humana que muere unida por la fe, la esperanza y el amor, al Cristo, su Redentor, su Creador y modelo.

La mayor gloria de Bossuet ha sido el haber sabido, justificando, en los límites de lo posible, la voz *Discurso*, hacer hablar tan admirablemente la historia para instruir de un modo tan serio, tan elevado y saludable, junto con el príncipe cuya educación le había sido confiada, á todos los hombres, á todas las generaciones contemporáneas y futuras; su mayor mérito consiste en haber, sobre todo, trabajado en comunicarles así el mayor de todos los bienes, el tesoro inestimable de aquella fe que alumbraba á su vez la razón, que eleva la voluntad, que proporciona la resignación en las adversidades inseparables de la vida, que vuelve fuerte y superior contra la misma muerte, que hace espirar con la inefable sonrisa de la esperanza, y abre final-



LA ERUPCIÓN DEL VESUBIO DEL DÍA 2 DE MAYO ÚLTIMO.

mente las puertas de la bienaventurada eternidad.

Tal es la idea teológica de la obra histórica del obispo de Meaux, inspirado por el sentimiento más puro hacia el linaje humano. Es preciso confesar que, por no convenir á todos, no deja, sin embargo, de ser soberanamente bella, grandiosa y merecedora del profundo reconocimiento de todos aquellos que se inquietan con harto motivo por su origen, su existencia y futuro destino.

A pesar de la diferencia de opiniones y creencias diversas, no ha faltado aquel reconocimiento; y los sabios de todas las naciones civilizadas han rendido en todo tiempo al mérito de su obra un tan brillante homenaje, que la misma masa de los pueblos, sin poder explicarse por qué, ha cedido sin cesar al

influjo del sentimiento universal de admiración, de respeto y amor que envuelve la memoria de Bossuet con una auréola inmortal.

Y, sin embargo, esta obra maestra por excelencia del águila de Meaux habíase quedado incompleta: las circunstancias no concedieron al gran Obispo la satisfacción de labrar la segunda parte, y murió dejando á la posteridad el inmenso pesar de ver inacabado el monumento imperecedero de su gloria. Desde entonces dos siglos habfan ya transcurrido; y entre todos los escritores escogidos que, durante tan prolongado espacio de tiempo, habfan ilustrado al mundo literario, ninguno se había atrevido á continuar, sobre el mismo plan, la imponente obra tan grandiosamente empezada; así como lo pinta la

poética expresión del Sr. Aguiló, la gran sombra de Bossuet inspiraba á los más valientes un temor respetuoso. Al ilustre compañero y digno continuador de Balmes tenía que acaecer aún la fortuna de ser el glorioso continuador de la *Historia universal* del gran Obispo francés. Aunque experimentando igualmente aquella impresión general de temeroso respeto, unido al éxtasis, como muy bien lo dice el mismo en su hermoso prólogo, arrastrado, pero por el ardiente deseo de llevar á cabo el magnífico monumento medio edificado por la gran luz intelectual de Francia, púsose resueltamente al trabajo, y después de seis años de estudio incesante y más concienzudo de la historia, ha magníficamente realizado su colosal empresa con aquel brío que podía





sólo darle el conocimiento de su fuerza intelectual; ha proseguido el trabajo desde el punto en que lo abandonó Bossuet; con aquella paciencia incansable, abastecida por su afición á la ciencia y á la verdad, durante seis años de día y de noche, iba hojeando, consultando las historias de la Edad Media á menudo falsificadas por sistema ó ignorancia, entresacando cuidadosamente el error, y colocando los hechos en su lugar y aspecto verdadero. Celoso por carácter, como por la fuerza de su razón, de aquella bella independencia que somete el hombre únicamente á Dios, y por Dios, á la autoridad; respetando esta misma independencia en los otros, tanto como desea verla respetada en su persona; elevándose por encima de las opiniones más ó menos mezquinas ó interesadas, y preocupándose, sobre todo, de su deber de historiador imparcial, expresa su pensamiento siempre juiciosamente y sin rodeos, relativamente á los hombres y á las cosas; condena ó exalta, como lo han merecido, tanto á los soberanos pontífices y á los reyes, como á los simples súbditos, cuyo pasado pertenece á la historia.

A medida que va avanzando hacia nuestros tiempos, clasificando, según el decir del Sr. Drapayron, los sucesos y fechas con un orden y método capaces de dar celos al mejor profesor de historia, presenta su secta más numerosos obstáculos, siémbrese de escollos aun más peligrosos, erízase con dificultades siempre mayores, encuéntrase efectivamente el historiador enfrente de mil cuestiones aun candentes que se considera en la obligación rigurosa de tratar. No importa: ábrese paso al través de las preocupaciones acaloradas y opiniones diversas, echando al pasar la viva luz de la verdad que hace palidecer al error, ya destinado á disiparse con el tiempo; á ejemplo, en fin, de su glorioso antecesor, con el deseo de proporcionar el inmenso beneficio de la fe á las almas de buena voluntad y dóciles á la gracia, aplícase, sobre todo, á señalar, por el ministerio ya dieciocho veces secular de la Iglesia católica, aquella grande acción de la divina Providencia, aquella misión de regeneración universal y de amor incomprensible del Cristo Redentor hacia el género humano, que se realiza gradualmente y sin interrupción, según la promesa divina, hasta el fin del mundo, en medio de la lucha incesante del bien y del mal, que vuelve Dios provechoso para la instrucción de los pueblos y sus intentos adorables.

Sin duda, como el de Bossuet, el hermoso trabajo del Sr. Cuadrado, imitación perfecta de aquél, no podía ser del gusto de todos. Considerado bajo el triple punto de vista histórico, político y religioso, jamás, en efecto, según la acertada advertencia del autor, han sido los hechos tan citados, y jamás también menos comprendidos como en nuestros días: júzgase, senténciase sin apelación, hálase, escríbese aún con aquel aire de certeza abrumadora respecto á las cuestiones más importantes, sin el examen seriamente profundo que requieren y por el solo motivo de profesar una opinión más ó menos razonada, fundada á veces sobre una prevención y más á menudo sobre la ignorancia. Pero, á pesar de consignados en los escritos, caen los sistemas falsos, pasan las opiniones erróneas, y levántase un día la verdad, siempre de pie sobre las ruinas de aquéllos, más que nunca hermosa y triunfante, para servir de antorcha bienhechora á las generaciones del porvenir.

Este es el destino que aguarda á la obra del señor Cuadrado, indisolublemente unida desde hoy al destino como á la gloria inmortal de la obra de Bossuet. La ilustre Academia Española de la Historia, por la voz del célebre P. Fita, y la prensa de ambos países, han ya sancionado esta unión gloriosa del gran genio que fué hijo de la Francia con aquel á quien se envanece España de haber dado el sér. Parece haber reservado la Providencia aquel privilegio á las dos grandes naciones católicas, que, como dos hermanas gemelas, á pesar de sus disensiones pasajeras y defectos respectivos, siempre han sido el sostén, el brazo de la Iglesia, y su portabandera hasta las regiones más lejanas.

Naturalmente, la Francia, más que cualquier otro pueblo, está interesada en ver traducida á su lengua la continuación, hasta nuestros días, de la *Historia universal* de Bossuet.

Sin distinción de opiniones, todos los hombres eruditos y literatos tendrán como dicha el poder estudiar y contemplar á su gusto aquel gran monumento literario, tan magistralmente concluido.

A consecuencia de una de aquellas felices circunstancias imprevistas, habiendo sido encargado de tan importante tarea, experimento la necesidad de hacer reparar que la traducción de un libro tal exige una clase de trabajo muy diferente de lo ordinario; y la explicación de dicha dificultad me proporcionará aún la preciosa ocasión de completar el aprecio de la obra del Sr. Cuadrado, granjeándome

mejor al mismo tiempo la indulgencia del público.

Para lograr, en efecto, el hacer pasar á una lengua extranjera, con su mérito excepcional histórico y literario, la obra del célebre español, el cual, en su estilo, á la bella severidad de los autores antiguos une el encanto más brillante de los modernos; el cual, como su glorioso antecesor, se eleva con sus alas de águila á alturas sublimes, al través del espacio inmenso de la historia, de donde lo domina todo, lo ve todo, hasta las profundidades más misteriosas, juzgando, refiriendo con una fuerza de concisión que asombra, con una energía y acierto de expresiones que arrebatara, era preciso comprenderle y penetrar perfectamente su pensamiento hasta en las menores voces, siempre propias y jamás inútiles, y aun en los giros varios de sus frases, espontáneamente escapados de su pluma de escritor ejercitado, pero siempre llenos de arte exquisito; era, finalmente, indispensable ceder á la peligrosa y arrebatadora obligación de elevarse con él, de seguirle paso á paso, á pesar de sus evoluciones, en su vuelo majestuoso, rápido, incesante y variado; de verlo todo, con la fuerza poderosa de su mirada, y expresarlo al mismo tiempo con aquel conjunto de cualidades de estilo, exclusivamente propias de su lenguaje.

De este modo comprendo el deber que me está impuesto como traductor concienzudo y deseoso de enriquecer nuestra literatura francesa con una obra tan instructiva, tan útil, tan hermosa, tan digna de todas nuestras simpatías patrióticas. ¡Ojalá el trabajo, una vez concluido, corresponda á mis constantes esfuerzos, á mis vehementes deseos, y realice todas las esperanzas!

ANGEL MATHIEU.

## UN MANUSCRITO INÉDITO DEL P. RIBADENEIRA

### VIDA

DE DOÑA ESTEFANÍA MANRIQUE DE CASTILLA, FUNDADORA DE LA CASA PROFESA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

(Continuación)

Esta misma devoción guardaba con cuidado grande en todas las cosas de Dios tratando continuamente con él con la familiaridad y atención, y amor entrañable, con que una esposa trata con su dulce esposo; y el buen Jesus que se habia dignado tomarla por esposa la regalaba y favorecía en su oración, haciendo muchas y muy grandes mercedes á su alma, con aquel dulce y amoroso trato que con ella tenia. Porque primeramente le comunicó por medio de la oración una singular luz, y conocimiento de lo mucho que Dios merecía ser amado y servido, y que todo lo de acá es nada y como nada debe ser despreciado y hollado. Y para que mejor se entendiera adonde llegaba esta luz divina, y comunicacion del Señor quiero poner aquí algunas cosas que se han hallado en ciertos papeles suyos despues de su muerte, en que ella iba escribiendo los dones que recibía de mano del Señor para leerlos, y hacerle gracias por ellos muchas veces, por habérselos tan liberalmente comunicado. En un papel de estos dice que el día de Santa Catalina Virgen, y Martyr, que es á los 25 de Noviembre, le dió Nuestro Señor una luz muy particular para conocer que Dios era el todo y todo lo que es fuera de él era nada, y que Dios merecía ser amado infinitamente y lo de acá despreciado; y el aliento que sacó para procurar y desear servir á Dios con grande perfección, y aborrecer todo lo que le podía impedir algo para esto; y que con el sentimiento que Dios la dió, le queda muy rendido y domado el cuerpo, y todos los apetitos y quereres, y en la gran facilidad en humillarse y en gustar de ello, y en dejar todo lo de acá con mucho gusto; añade: otras infinitas gracias recibí aquel día que no las sabré agotar, ni acertaré á declarar. Otra vez dice la dió Nuestro Señor á entender muy claramente con particular sentimiento las obligaciones de la esposa, y que ella le habia de guardar gran fidelidad sin admitir otra cosa en su corazón, y le habia de amar (si pudiese) infinitamente; pues el amor que el esposo le tenia á ella es infinito y que le habia de tener una tan gran obediencia que perpetuamente se desvelase en conocer cuál era su voluntad y en ejecutarla, y en rendir la propia cada punto con grande contento por desear, y procurar tenerle contento. Y cuando tu, dice, hubieras hecho esto, alégrate de haber alcanzado tal esposo sin merecerle, y no te olvides de alabarle. Y en otros papeles exhorta á su alma que procure llegar á tal modo de amor de Dios que le ame por lo que él merece sin buscar su propio interés, al modo que él nos ama sin pretender interés de nosotros: dale gracias porque la ha levantado á tan alta dignidad que

le puede amar, y porque le da fuerza para ello, y nos manda que le amemos, porque sabe que en amándole seremos bienaventurados. Y en otro papel dice que siempre habíamos de cantar en el corazón esta palabra divina, dulce y sabrosa: Ya vuestra, mi Dios, y vos mío y esperanza mía, siempre bendito. Amen. Alto, alto, á trabajar y no perder punto, que cierto la pecadora no le perdió cuando no ganaba nada en ello; pues el trueco es mejor, y tan aventajado, razón es que se haga bien. De donde se colige que el amor que Dios la comunicaba, le empleaba en desear trabajar por él, y mortificarse, como se saca también de otro papel en que dice: O quien se hartase de Dios! mas aquí no puede ser: allá en la casa de Dios asentada á su mesa lo espero. O que será ver asentado allí uno que se mortificó muy bien, y se vistió una vestidura sembrada de piedras preciosas de unos golpes y tribulaciones! O esclava de Jesucristo, esperad un poco que bien pecadora os ha esperado mi Dios. O Jesus mío, dad buena ración á la que si ella no lo merece, su esposo, Padre y regalo y todo su bien lo mereció: sea bendito. Amen. Y en otra: Nunca pecadora te olvides que el camino por do has de ir al cielo es cruz, y trabajo, y corre con alegría por él. Jesus bueno. Estefanía. También le comunicó Nuestro Señor gran conocimiento de su flaqueza, y poquedad para que desconfiase mucho de sí, y confiase mucho en Dios, y así dice: Abre siempre delante los ojos, y conoce que eres nada y que no tienes de tu parte otro que pecados, y humíllate conociéndote eres vencedora del Infierno. Reconoce que si algún bien tienes es de Dios y gózate que todos los bienes son suyos, y que siendo tú nada, es suyo todo el bien, y alégrate. En otro, hablando Dios con ella le dice: Conociendo tu poquedad y flaqueza, huye toda ocasión, cuanto en ti fuere; mas si en ella te hallares, ten gran confianza en mí, y llámame de todo corazón, y yo vendré y te sacaré de ella á gloria mía.

Estos afectos sacaba esta bienaventurada doncella de aquella luz soberana que el Señor infundía en su alma en la oración. No fue amiga de visiones, ó revelaciones, ni de personas que las tuviesen, porque se tenía por indigna de semejantes favores de Dios, y porque el deseo de tenerlas más se fundía en curiosidad que en querer agradar á Dios y porque de ellas no pocas veces las almas livianas no sacan provecho para sí, antes se desvanecen. Pero aunque ella no deseaba estos favores singulares y regalos de Dios no dejó su Divina Majestad de regalarla algunas veces con favores sobrenaturales y divinos como son los dos que referimos arriba. El uno cuando en Madrid le apareció coronado de espinas, y corriendo sangre al tiempo que se comulgó en las Descalzas, y el otro cuando en Toledo le consagró su virginidad el día de la Purificación de Nuestra Señora. Demas de estos otra vez le dió Nuestra Señora en la oración verdaderamente por Madre á la gloriosa santa María Magdalena, de lo cual ella quedó muy consolada y con gran confianza que por su medio habia de alcanzar grandes mercedes del Señor porque se la habia dado por madre diciendo: La gloriosa Magdalena Madre y procurábalas imitar estando par de ella á los pies de Cristo. Una vez una criada muy íntima suya despues de haber estado 6 y 7 horas de rodillas y con la cara pegada al suelo, la dijo que mirase la haría mal estar tanto con el rostro en el suelo, y ella respondió, que no sería, porque su Señora la Magdalena le daba lugar á los pies de Nuestro Señor y le hacia compañía.

En las espaldas de otro papel estan escritas de su mano estas palabras: De una gran misericordia que Dios hizo á la pecadora comulgando el día de la Resurrección, y fue de esta manera: Habiendo recibido el Santísimo Sacramento, y estando dando gracias, vió con los ojos del alma á Cristo Nuestro Señor que la bañó con su sangre todo su corazón significándole que era participante de los merecimientos de ella, y que quedaba muy pura y muy limpia, y que habia de padecer con Él muy grandes penas, y aflicciones; con la cual vision no solo quedó muy consolada sino muy encendida con nuevo amor de su Esposo que habia derramado su sangre por el bien de ellos, y tambien quedó con nuevo aborrecimiento del pecado, que fué causa se derramase sangre tan preciosa, y asimismo quedó muy animada para padecer grandes trabajos de buena gana por aquel Señor que habia padecido y hecho tanto por ella, y quien le daba á entender que queria que su corazón fuese bañado con su sangre, padeciendo en su tanto por amor suyo los dolores que habia padecido Él por amor de ella. Estas visitaciones y singulares favores del Señor hallamos en los papeles que Doña Estefanía tenía encerrados y guardados sin que ninguno los pudiese ver hasta que la muerte los descubrió, y por ellos y por otros suyos, y de su confesor, que por evitar prolijidad dejó de



referir se ve claramente cuan continuas eran y cuan eficaces para avivarla más y más con el amor de su santísimo esposo, y menosprecio de sí y de todo lo criado.

(Se continuará.)

### LAS MARIPOSAS DEL ALMA

Mientras las mariposas  
de la esperanza,  
se agitan y rebullen  
dentro del alma,  
¡cuánta poesía  
tienen los horizontes  
de nuestra vida...!

Cuando esas mariposas  
cierran las alas  
y no revolotean  
dentro del alma;  
¡sombria noche  
llena de nuestra vida  
los horizontes...!

Cada ilusión que muere  
deja incubado  
el germen doloroso  
de un desengaño,  
y el hombre empieza  
á ser cadáver vivo  
que sufre y piensa.

La fe de su bautismo  
no es la que indica  
el parroquial volumen  
donde está escrita;  
se halla en su cara,  
donde el dolor imprime  
su huella amarga.

Cadáveres conozco  
que dan la mano,  
que respiran, que viven,  
que hablan muy alto;  
mas allá dentro  
dicen, al verse solos:  
yo soy un muerto.

Vivir sin ilusiones,  
sin esperanzas,  
sin las mariposillas  
dentro del alma,  
no me lo niegues,  
tiene poco de vida,  
mucho de muerte.

Niña... si siendo joven  
llegar desear  
á esa edad en que el mundo  
os llama viejas,  
mantén lozanías  
muchas mariposillas  
dentro del alma.

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

### CARTA INÉDITA

del venerable siervo de Dios, el P. Fr. Diego José de Cádiz, Misionero Capuchino, sobre el culto debido al Sagrado Corazón de Jesús. (El original autógrafa es propiedad de E. de T.).



J. M. y J.

Sevilla 24 de Abril de 1784.



R. D. Juan Nepom.º del Rayo, y muy señor mío de mi mayor estimación: Con la debida, recibo la muy apreciable de Vd., de 14 del cor.º, á la q.ª mis graves ocupac.ºs no me permiten le responda con la extensión q.ª ella exige y Vd. apetece. No obstante p.ª su seguridad dire solo q.ª su dictamen á favor del culto del Sagrado Corazón de Jesús es *fundadísimo y segurísimo*. Es fundadísimo porque siendo este culto al Sagrado Cor.ºn como *símbolo* expresivo de la inmensa charidad de Jpto. Nro. Dios á los hombres y un *representativo* de Jpto. Dios y hombre verdadero, no hai católico q.ª pueda negar es digno de culto y por consiguiente lícito y fundad.º su uso: decir lo contrario es heregía.

Es segur.º porque lo tiene solemnemente aprobado la Silla Apostólica en el Oficio, Misa, aprobación de congregaciones y concesión de muchas Indulgencias á este fin. Negar esto es igual temeridad q.ª negar hay hombres, pues es no menos cierta la existencia de estos q.ª la de lo referido. Es

verdad que el Oficio y Misa no está extendido á toda la S.ª Iglesia, pero esto nada se le opone: al modo q.ª un siervo de Dios beatificado por Su Santidad el Papa, solo para su Religión ú Obispado se concede su rezo y no obstante puede y debe ser tenido por Bienaventurado y digno de culto en toda la S.ª Iglesia, así en nro. caso sin diferencia alguna y la censura q.ª merecería el católico q.ª dijese q.ª uno de estos Stos. beatificados no es digno de culto fuera de su religión ó territorio, esa propia merece el q.ª se oponga á la licitud del q.ª se le debe dar al Sag.º Cor.ºn de Jesús.

El Sor. Ben.º 14 como fiscal hizo los argum.ºs y oposición q.ª debía p.ª calificar el culto como se hacen p.ª la beatifica.ºn y canoniza.ºn de los Stos., mas despues de lo q.ª escribió aprobó varias congregac.ºs destas y las concedió indulgen.ºs como consta de las bullas q.ª conservan dhas herman.ºs.

Si algun dia la Sede Apostólica manda suspender este culto, yo seré el primero q.ª le obedezca y lo publique p.ª mientras no llega este caso yo soy hijo de la S.ª Iglesia y como tal aunq.ª todos los theologos del mundo se opusieran no me apartarán de seguir el dictamen de la Sma. Madre y Mtra. de la Verdad.

El Sto. Tribunal de la Inquis.ºn consultado sobre esto ha respondido q.ª en sus edictos no prohíbe el culto, si el uso de ciertos libros y estampas dignas de recogerse. No puedo más amigo mío: me parece que contra esto ningún theologo tendrá que decirnos.

Mande Vd. en lo que pueda servirle y encomiéndeme á Dios á quien ruego guarde su vida muchos años en su santo amor y gracia.—B. V. M., de Vd. su capellan y siervo en el Señor, FR. DIEGO JOSEPH DE CÁDIZ.

### DESANDAR EL CAMINO

#### I

Día de Santa Eulalia:  
Entre la concurrencia  
Que afluye á la Basílica,  
Con lentitud penetra  
Un hombre de buen porte,  
Casi de edad provecita,  
En cuyo rostro vense  
De hondo pesar las huellas.  
Sigue por el trascoro;  
Acércase á la reja  
Del Cristo de Lepanto;  
Humilde se prosterna,  
Llevando sobre el pecho  
Caída la cabeza,  
Y, á solas, de este modo  
Su pensamiento expresa:

#### II

Aquí, bajo las bóvedas  
De este sagrado templo,  
De mi piadosa madre  
Siguiendo el noble ejemplo,  
Ante ese altar, solícito  
Rezaba en mi niñez.

Del mundo en la vorágine  
Rodé por muchos años;  
Después de mil desdichas  
Y acerbos desengaños,  
Con una triste historia  
Aquí vuelvo otra vez.

Y al escuchar del órgano  
Las dulces armonías,  
Recuerdo de mi infancia  
Los placenteros días,  
Y acongojado póstrome  
Con fúvida ansiedad,

Donde el cristiano espíritu  
De madre cariñosa,  
Cuyos mortales restos  
Cubre pesada losa,  
Vertió en mi sér el bálsamo  
De mística piedad.

Hoy brotan gruesas lágrimas  
De mis cansados ojos;  
Esclavo de mis culpas,  
Ante ese altar, de hinojos,  
Propiciatoria víctima  
Vengo á ofrecerme aquí.

Dentro de breves días, según está ya oficialmente declarado, Su Santidad el Papa León XIII procederá á la beatificación solemne de este siervo de Dios.

¡Señor! ¡si con mis súplicas  
A triunfar no llego,  
Escucha de mi madre  
El fervoroso ruego;  
Yo te ofendí: perdóname!  
¡Señor! ¡piedad de mí...!

#### III

El pecador contrito  
Levanta la cabeza,  
Y de repente nota  
Tranquila su conciencia:  
Rayo de luz celeste  
Disipa las tinieblas,  
Y el pecador exclama  
Con efusión inmensa:  
«¡Madre del alma mía!  
¡Madre! ¡bendita seas!»

J. FEDERICO MUNTADAS.

Barcelona 1883.

### PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

(Continuación.)

Lo que me affige amargamente — prosiguió — es la suerte de mis desgraciados compañeros, que los ahorcan en la aldea uno á uno. ¡No me ven á su lado! Tal vez piensen que yo los he abandonado. Yo, que daría mil veces mi vida por la del menor de mis soldados, yo debo resguardarme, esconderme aquí para atenuar al menos un revés que comueve á la patria. Esto es lo que me indigna, esto es lo que me destroza más que las balas y bayonetas enemigas que allí podrían caer sobre mí.

Pronunció estas palabras con un acento de desesperación que conmovió á la madre de Tadeo. Levantó los ojos sobre él, y le sorprendió el ver la expresión fúnebre que sombreaba su frente, y la arruga profunda que desde hacía dos horas se había formado entre sus cejas.

Witold la dejó entonces para ir á hacer sus preparativos de defensa. Se temía que los rusos viniesen á atacar el castillo, y estaba resuelto á recibirlos vigorosamente. Encontró que Tadeo había ya distribuido entre sus criados las municiones y las armas, reservando las mejores para los diez á doce insurrectos, que habían acompañado á Witold.

El mismo se había armado con una excelente carabina, y el P. Arsenio, que en el primer ataque había sido ligeramente herido, después lo habían traído al palacio donde ayudaba á la señora de Osierko y sus criadas á hacer hilas y preparar refrescos para la pequeña guarnición.

El patio de la casa señorial no tenía más defensa que una verja de madera. Esta barrera era muy endeble para poder ser defendida, y sólo el alcance de las carabinas y la habilidad de los tiradores podían impedir que se acercase el enemigo. Pero la puerta del castillo estaba construída con sólidas planchas de encina, fuertemente sostenidas con armaduras de hierro. Podía ofrecer una larga resistencia, y Witold hizo que amontonasen detrás vigas, armarios, y otros muebles. Se hicieron parapetos y barricadas colocando colchones en las ventanas, dejando por aquí y por allí aberturas para poder pasar por ellas el cañón de las carabinas. Después, cada cual se puso en su puesto, y esperó.

Se pasó una hora en el más profundo silencio. Evidentemente los rusos no habían aún concluído en la aldea. Pero esta calma no engañaba á nadie; sabían que los enemigos no perderían tan buena ocasión de atacar y de destruir la grandiosa morada de uno de aquellos señores, que tan cordialmente detestaban.

Después de más de una hora de espera, las mujeres que estaban en las piezas altas dieron gritos de espanto:

—¡Señor Todopoderoso! ¡Por todas partes humo, llamas! La aldea arde... ¡Virgen Santísima! ¿qué va á ser de nosotras?

—Ahora van á venir los rusos — dijo Witold al oído de Tadeo. — Han incendiado la aldea, abandonándola... A nosotros ahora; preparemos las carabinas.

Se acercó entonces á una ventana, acompañado de Tadeo. En otra se colocó el anciano Javier, que había seguido á su mujer.

—¿Ves — decía Javier á esta última — qué felicidad que Juan se marchase ayer? Al menos no veremos morir á nuestro hijo. ¿No es verdad que la Providencia es muy misericordiosa? Y la madre, resignada, daba gracias á Dios por este beneficio.



Muy pronto se oyó gritar en lo alto de la casa: —¡Se acercan, ya están aquí los rusos!

Y Witold percibió en efecto la sombría columna, avanzando bajo los tilos de la avenida.

Mandó que los dejaran acercarse sin tirar, guardando el más profundo silencio. Por eso la feroz banda, cuando llegó al sitio de la reja, creyó que el castillo estaba abandonado, y empezó a querer penetrar en el patio. Unos cogieron hachas para demoler la barrera; otros ensayaron el escalarla trepando.

En el mismo instante, una viva luz iluminó las ventanas del primer piso; se oyeron veinticinco tiros a la vez, y cayeron veinte cadáveres rusos en los brazos de sus compañeros.

—¡Ah, se defienden!—Están ahí, dijo el oficial. —Y bien, vamos a responderles.

Mandó hacer fuego, y una granizada de balas cayó sobre las paredes del palacio, dando contra los cristales, mutilando las maderas, haciendo saltar por todos lados los pedazos de cristal, los fragmentos de yeso y madera.

Al pronto no respondieron del castillo, y el oficial creyó que había aterrorizado a los rebeldes. Ordenó de nuevo el asalto, y los hombres volvieron a trepar de nuevo. Entonces se oyeron otra vez las veinticinco carabinas, y esta vez hubo veintidós cadáveres.

Desde este momento no tuvo límites el coraje de los rusos... Todos juntos se lanzaron sobre las frágiles barreras, y empezaron a bajar al patio muchos juntos, como las hormigas que se revuelven en la pendiente de un montecillo.

Cuando llegaron allí, cambió el aspecto de la escena. No eran descargas de cuando en cuando, que caían sobre la masa de los rusos; era un fuego granado que caía sobre ellos desde las ventanas del palacio. Los tiradores no necesitaban ni apuntar con precisión; todos los tiros eran certeros en esta confusión de cabezas apiñadas. Los que asaltaban se habían echado hacia atrás, hasta la extremidad del patio, y había allí delante, hasta la puerta de la casa, un gran espacio vacío, sembrado de cadáveres de los que se habían aventurado en el avance.

En el interior de la casa la escena era conmovedora, casi sublime. Valientes tiradores, colocados cerca de las ventanas, ni uno se cansaba, ni uno se había desalentado. Ahora, sin interrupción, apuntaban sus armas. Las carabinas les quemaban las manos, y les pasaban otras ya cargadas. Era la señora de Oskierko la que pasaba los fusiles a Tadeo, mientras que el P. Arsenio cargaba los de Witold. Cerca de las otras ventanas, las mujeres, a quien el miedo había echado de los miradores, electrizadas por el valor de sus compañeros, hacían a su lado el mismo oficio. De cuando en cuando, Witold miraba con angustia el reloj que estaba en la extremidad de la sala.

—Ya hace cerca de tres horas que ha marchado mi mensajero—se decía.—Vendrá con Rebaljo, ¿y nos encontrará aquí todavía?

Por su lado, los rusos, furiosos con esta obstinada resistencia, descargaban constantemente sus armas contra las ventanas de la casa. Ya habían penetrado algunas balas en la sala, silbando y clavándose en las paredes. Algunas mujeres temblaban, daban gritos. El P. Arsenio las había hecho venir a su lado para hablarlas de Dios e infundirlas ánimo, pasando al mismo tiempo las carabinas a Witold.

De pronto oyó el joven jefe, como un grito ahogado en la ventana donde estaba Tadeo. Witold se volvió precipitadamente, y vio a la señora Oskierko caída entre los brazos de su hijo. Dejó caer su carabina y se precipitó hacia su amigo. Una bala le había dado a la heroica madre casi en medio del pecho. La sangre salía de su herida, y se cubría la frente con ese tinte lívido peculiar de los moribundos. Pero, sobre todo, horrorizaba el ver a Tadeo. Los miembros contraídos, los ojos y labios fijos, no parecía comprender lo que veía, preguntándose si era realidad lo que le rodeaba con este horrible espanto.

La señora de Oskierko tuvo un momento de debilidad; pero muy pronto abrió los ojos y miró vagamente a su alrededor. Witold la había colocado en un sillón; el joven sacerdote, los labios entreabiertos, la mano levantada, iba a pronunciar sobre ella una suprema bendición; y Tadeo, sin voz, sin mirada, había caído de rodillas a su lado, anadado.

La pobre madre, espirando, levantó penosamente sus manos heladas; quería apresurarse, sentía venir la muerte. Puso una de sus manos sobre la blonda cabeza de Tadeo; con la otra le señalaba al cielo.

—¡Hijo mío, mira arriba—le dijo débilmente;—allí está nuestra verdadera patria... y voy allí... un poco antes que tú!

Después tembló su labio, su cabeza se echó hacia

atrás, y la mano que señalaba al cielo cayó sobre el hombro de Witold, que también se había arrodillado. La levantó, la besó con respeto; después quiso levantar a Tadeo. Pero los miembros del joven no tenían fuerzas; su corazón apenas latía; se había desmayado. Witold se volvió entonces hacia el anciano Javier, que había venido cerca de su ama, y dejaba caer grandes lágrimas sobre su bigote de viejo soldado.

—¿No podría V. llevarlo a otra parte?—dijo él.—Dejarlo aquí en este estado es exponerlo inútilmente a las balas.

—Sí—respondió Javier;—conozco un buen sitio. Vamos a llevarlo allí. Ayudadme, Mariana.

La buena mujer se acercó, y tomó en sus manos la pálida cabeza de Tadeo. Después, Javier lo levantó del suelo como si hubiera sido un niño, y los dos bajaron a la cocina. Allí, el viejo servidor abrió una pesada puerta que daba acceso al sótano, y entró por ella, llevando a Tadeo sobre sus espaldas, mientras que su mujer le seguía con una linterna encendida.

A la extremidad del sótano había una puerta de hierro, que daba acceso a un pasadizo subterráneo, a cuyo fin se encontraba el flanco de la montaña. La casa de Mlynec, fabricada sobre las ruinas de la antigua residencia feudal, había conservado ese pasadizo secreto, construido cuando las guerras de la Edad Media. Javier lo conocía muy bien; quería que sirviera, como último recurso, para la huida de la pequeña guarnición. Pero la muerte de la señora de Oskierko y el desmayo de su joven amo habían trastornado completamente sus planes, y en este momento no pensaba más que poner en seguridad al único miembro que sobrevivía de esta familia, a la que había servido y amado tan lealmente.

Llegado a la extremidad del pasadizo, puso en el suelo al joven; Mariana colocó en sus rodillas la cabeza, después entreabrió la puerta baja y mohosa que estaba colocada entre los matorrales; y escondida entre las malezas, miró por si veía algún enemigo. Pero los rusos habían abandonado este lado de la colina para invadir la aldea y rodear el castillo.

Javier se animó; empezó a bajar, levantando a Tadeo en sus brazos. En vano era áspera la pendiente del monte, y pesada la preciosa carga. El viejo estiraba sus brazos, y, a fuerza de ánimo, llegaba a sentirse fuerte. Mariana, enviada por él, le había precedido en su camino. Antes que él había atravesado el pantano que se extendía al pie de la colina, y había ido a llamar a la cabaña de un guarda en la linde del bosque.

Cuanto ella habló del peligro en que estaba su joven amo, el buen hombre acudió; ayudó a Javier a atravesar con su carga la cintura de pantanos, y muy pronto Tadeo, que continuaba desmayado, descansaba sobre una carga de heno en el granero de la cabaña, esperando que viniese la noche y le permitiese buscar en silencio un refugio más seguro.

Después de la muerte de la señora de Oskierko y que se llevaron a Tadeo, se había apoderado de la pequeña guarnición del castillo un nuevo coraje.

Se sucedían las carabinas en las manos de estos valientes con inaudita rapidez, y llovían las balas en el patio. Para apuntar mejor habían separado los colchones que resguardaban las ventanas, y se exponían con una audacia desesperada a las descargas de los asaltadores. Ahora, ¿qué les importaba la muerte? Estaban contados los instantes de sus vidas; antes que la gran aguja del reloj hubiese acabado su vuelta, todos estarían tendidos muertos, sin duda, detrás de las paredes que defendían. ¿Era, pues, tan importante vivir algunos minutos más?

Lo que les excitaba sobre todo, lo que les hacía olvidar la situación, el peligro, la muerte y la vida, era la radiante figura de Witold. El joven comandante estaba como transfigurado; sus negros ojos lanzaban rayos; sobre su rostro ennegrecido con la pólvora, de su frente magullada por una astilla de madera, corría un pequeño chorro de sangre que se mezclaba con su cabellera. Pero, sin debilitarse, sin cansarse, descargaba sobre los asaltadores los fusiles que le presentaba el sacerdote, y gritaba: ¡Viva la Polonia! ¡Viva la patria!

Sabía muy bien que estaba perdido y que iba a morir, pero sabía también que su muerte sería heroica, como lo había sido su vida, y que dejaría tras sí uno de sus recuerdos brillantes, una de esas leyendas gloriosas que inflama el patriotismo de las masas y las arrastra a los combates. En este momento no sentía ningún peso en el corazón, todo estaba olvidado; el porvenir, los sueños de gloria, el amor de Alejandra y la muerte heroica de los polacos en la aldea. No veía más que a los rusos que hormigueaban a sus pies, y la carabina que ardía en su mano.

Pero oyó dar de abajo grandes gritos de victoria, y exponiéndose a las balas, sacó la cabeza para ver

de qué se trataba. Algunos rusos habían atado juntos pedazos de madera resinosa, y habían formado haces inflamados, que lanzaban al tejado de la casa. Muy pronto se oyó de los pisos superiores el chirre del incendio, el crujir de las tejas que empezaban a caer, los sucesivos hundimientos de los tabiques, de las vigas que bamboleaban.

Algunos de los compañeros de Witold corrieron a las cocinas, y trajeron agua para impedir el progreso de las llamas. Pero fueron vanos todos sus esfuerzos, sus trabajos estériles.

¿Cómo apagar un incendio que empieza por el techo, sin ayuda de las bombas? Se levantó un viento violento, acelerando el progreso de las llamas. Grandes fuegos rojos, rodeados de negros torbellinos de humo, proyectaban sobre los soldados que estaban en el patio, reflejos encendidos y lívidos. Las llamas comenzaban a devorar los graneros y el piso superior. Paredes enteras se desplomaban sobre el techo de la sala, y aparecían lenguas de llamas en los ángulos. Los compañeros de Witold, sin hablar, miraron el incendio sobre ellos, los rusos debajo, y con un movimiento febril apretaron el gatillo de las carabinas.

—¡Oh venid, sois unos valientes!—exclamó el joven comandante con exaltación.—Venid, no os dejaré perecer aquí en las llamas. Bajemos al primer piso... Los rusos entrarán sin duda también, y nos harán pedazos con sus sables ó con sus bayonetas, pero al menos cada uno de nosotros, morirá con la muerte de un soldado. O tal vez, ¿quién lo sabe? podremos evadirnos por el jardín, intentaremos una salida, iremos a morir al aire y al sol... Amigos míos, no os desesperéis: derrotas hay que son más gloriosas que las victorias: nuestra muerte será un triunfo y un ejemplo para el país."

Hizo que sus compañeros pasasen delante de él, y salió el último de la sala. En el momento que pisaba el umbral, oyó un ruido espantoso, y vio salir una claridad brillante; era el techo que se hacía pedazos.

Cuando llegaron al vestíbulo, vieron que la gran puerta de entrada se bamboleaba, por los hachazos que la hacían pedazos. Ya a través de las rendijas, en los sitios en que la madera había cedido, se percibían los brillantes ojos de los rusos, que buscaban el medio de abrirse paso. Viendo bajar al pequeño grupo de insurrectos, pusieron sus fusiles en las hendiduras de la puerta, y los saludaron con una granizada de balas. Cinco ó seis cayeron; entre ellos el joven sacerdote. Cayó en el último escalón de la escalera, levantó lentamente su mano y trazó en el aire la señal de la Cruz.

—En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo,—dijo a sus compañeros que aun estaban de pie,—os absuelvo y os bendigo. Id y morid en paz.

—No hacemos aquí nada, dijo Witold a sus últimos compañeros; lancémonos sobre la otra puerta. Veamos aun el sol una vez, antes de cerrar los ojos.

Atravesaron corriendo una pequeña sala, y se encontraron en el peristilo que daba al jardín. La puerta estaba sólidamente barricada, para que tuviesen tiempo de abrirla; rompieron una ventana, y se salieron por ella. Cuando llegaron allí, con una mirada se contaron. De veinticinco, no quedaban más que seis.

En el mismo momento, al volver un vallado, se oyeron salvajes hurras; y un pelotón de soldados rusos se echó sobre los que quedaban; Witold descargó sus pistolas, después se lanzó con el sable en la mano, el pecho expuesto a las balas. Así era como quería morir.

Pero esta última esperanza la perdió muy pronto.

—¡Abajo las armas! gritó el oficial ruso con fuerte voz. ¡Es el jefe! cogedle vivo... El coronel quiere tener al prisionero.

En seguida diez ó doce soldados se echaron sobre él; veinte vigorosos brazos lo cogieron y lo echaron al suelo, mientras que un poco más lejos caían sus compañeros asesinados con indiferencia. Sólo dos de ellos, más ligeros que los otros, habían podido huir y salvar sus vidas, corriendo a esconderse entre las hierbas del pantano.

(Se continuará.)

## CONOCIMIENTOS ÚTILES

*Engrudo imputrescible.*—El engrudo de harina se altera muy prontamente, y en especial, durante el calor, dura muy poco tiempo en buen estado. Se aconseja, para evitar este inconveniente, añadirle alumbre, pero no da grandes resultados prácticos. Es preferible el siguiente procedimiento: Se hace engrudo, y antes de que se haya enfriado completamente se le añade un poco de trementina y se revuelve bien; de este modo se conserva el engrudo durante



más de dos semanas, aunque esté á una temperatura de 25 grados. Este procedimiento es aplicable á las disoluciones de goma arábica, para impedir se agrien.

**Dorado y plateado de los objetos orgánicos.** — Se sumergen los objetos orgánicos delicados, como lo son, por ejemplo, insectos, hojas, flores, etc., en una solución de nitrato de plata en alcohol; luego se secan con cuidado y se tratan con hidrógeno fosforado ó sulfurado, obteniendo así recubierto el objeto con una capa de materia conductora en todos los menores detalles del insecto ó objeto sometido á la preparación; luego se coloca en el baño de la disolución de plata, oro, cobre, y por el galvanismo, usando el método ordinario, se recubre el objeto de una capa del metal que contenía la solución.

**Putrefacción de la madera.** — Para evitar que la pudrición seca iniciada en una madera se propague al resto, se lava la parte dañada con una disolución acuosa, muy concentrada é hirviendo, de potasa y sosa. A las doce horas de estar la madera bien impregnada de la expresada lejía, se empapa con una disolución de óxido de hierro ó de óxido de plomo en ácido piroleñoso.

También da buen resultado para el propio objeto, lavar la madera con una solución piroleñosa de plomo, y luego semergirla en un baño de 750 gramos de alumbre y un kilogramo y medio de agua.

Ambos procedimientos pueden usarse también como medios preventivos.

**Leche espumosa.** — La leche cocida y con ácido carbónico bajo una fuerte presión, lo mismo que la conocida agua de *Seltz*, constituye, según el célebre doctor Mezger, una bebida en extremo saludable para cuantos padecen de cualquier dolencia que produzca debilidad en el estómago.

La emperatriz de Austria, que se encuentra en Amsterdam curándose bajo la dirección de aquel distinguido médico, aseguran que consigue grandes resultados con el uso cotidiano de dicha bebida, la cual se vende allí á diez céntimos el sifón. Además, por este procedimiento se conserva la leche durante seis ó siete semanas.

## MISCELÁNEA

Nos refieren de Valencia que ha sido solemne y notable en todos conceptos la fiesta dedicada á Nuestra Señora de los Desamparados por los profesores músicos de aquella hermosa ciudad. Ofició el Ilmo. Sr. Badal y predicó el elocuente Sr. Dr. Don Carlos Germán Mata, quien consideró á la Virgen como fuente de toda belleza y manantial de inspiración artística. La parte musical no dejó nada que desear.

Contribuyeron al buen éxito todos los profesores, así instrumentistas como cantantes, que hay en Valencia, dirigidos por el maestro de capilla de la Catedral Sr. Guzmán.

Cantáronse el *kyrie* y el *Gloria* de la nueva misa de D. Salvador Giner. La opinión de todos los inteligentes era unánime en que esta producción es el complemento de la misa de *requiem*, bastando para colocar el nombre del Sr. Giner junto á los más inspirados autores de música religiosa.

En el gradual se cantó el *terceto* del experimentado profesor de órgano Sr. Ubeda, composición verdaderamente clásica.

En el ofertorio se tocó la gran marcha religiosa del maestro D. José Espí.

Por último, el *Credo*, el *Sanctus* y el *Agnus* fueron los del maestro de la capilla del Colegio del Patriarca, D. Juan Bautista Plasencia, el inolvidable autor del himno á San Marcos.

Cerca de la una terminaba la ceremonia religiosa, que ha sido una gallarda muestra del sentimiento religioso é inspiración artística de los músicos valencianos.

Por la tarde, á las seis y media, continuó la fiesta religiosa. Ejecutóse el *Paraphrase* de Suppé, dirigido por D. Rigoberto Cortina. Siguió luego el *Tota-Pulchra* del Sr. Guzmán, que es una verdadera joya. Cantóse la gran Salve de D. Salvador Giner, finalizando con el *Te-Deum* de D. Pascual Pérez. Las tres últimas obras fueron dirigidas por el señor Guzmán. A las ocho en punto se reservó á Su Divina Majestad.

Durante la misa, como en los ejercicios de la tarde, la capilla se vió completamente llena de fieles, que se asociaron á la fiesta organizada por los músicos valencianos en honor de nuestra Patrona. Más de 190 profesores tomaron parte, figurando entre la masa coral los más notables cantores de Valencia.

Los promovedores de la fiesta deben haber quedado satisfechos de la brillantez con que se ha celebrado, y de la cooperación que han encontrado en todos sus compañeros.

Los ensayos del Dr. Ferrán para la inoculación del cólera es el asunto científico que embarga la atención general, así en España como en el extranjero. Para tener á nuestros lectores al corriente de estos ensayos, parecemos oportuno extracar el informe emitido acerca de este asunto por la Academia de Medicina de Barcelona. He aquí la parte más sustancial:

«El Dr. Ferrán formó parte, en calidad de naturalista, de la Comisión científica que á expensas del Ayuntamiento de Barcelona pasó al extranjero á estudiar la epidemia cólerica de Marsella y Tolón, Comisión que se hizo acreedora á los mayores elogios por su comportamiento y por el resultado de las tareas que llevó á cabo, á pesar de la escasez de tiempo y de los recursos de que pudo disponer.

«La parte que en esas tareas le cupo al Dr. Ferrán fué, por de pronto, por todo extremo fructífera para la ciencia.

«Con los materiales recogidos sobre el terreno mismo de la epidemia, gracias á sus vastos y sólidos conocimientos micrográficos y á su ya de antes acreditada práctica de la técnica de las difíciles y minuciosas operaciones que exige este linaje de estudios, puede no sólo repetir y comprobar repetidamente los hechos anunciados por Koch, pero también amplificar las observaciones del sabio microbiólogo alemán y completar el ciclo evolutivo del microorganismo colerígeno. Por medio de cultivos y recultivos, consiguió conservar en toda su pureza y en el pleno de sus condiciones y propiedades características el microscópico vegetal, y estudiar directa y especialmente los efectos de la inoculación de dichos cultivos en diversas especies de animales, produciendo en los conejillos de Indias la intoxicación cólerica y la muerte. Fué mucho más allá todavía: ensayó inoculaciones preventivas, las cuales le demostraron que era posible comunicar á los animales sometidos al experimento una *inocuidad* completa para sucesivas inoculaciones practicadas con cultivos al máximo de virulencia y á dosis que resultaban infaliblemente mortales cuando el animal no había sido sometido á la inoculación preservadora.

«De estos experimentos, una y cien mil veces repetidos, y siempre con idénticos resultados, á ensayar la inoculación en el hombre, no había ya más que un paso; mas para darlo no dejaba de necesitarse cierto valor y abnegación. El mismo doctor Ferrán y su entusiasta colaborador el ingeniero D. Inocente Pauli fueron los primeros sujetos del experimento. En ello se comprobaron los hechos verificados anteriormente; y tras aquellas dos inoculaciones en la especie humana, practicáronse muchas más en individuos que se prestaron.»

Ahora bien: del dictamen de la Comisión resultan plenamente confirmadas las aseveraciones del Dr. Ferrán; el coma-bacillus representa una de las fases evolutivas del microfito descubierto por Koch como elemento figurado vivo constante en las deyecciones de los coléricos; la inoculación del coma-bacillus aislado y reproducido en cultivos puros; determina, en los animales, un síndrome característico, seguido de la muerte cuando la cantidad inyectada ha sido proporcionada á la talla, resistencia y demás condiciones del animal; los mismos cultivos determinan, introducidos por inyección hipodérmica, análogos efectos en el hombre, quien llega á resistir hasta un centímetro cúbico, dosis masiva que ha determinado ya en algunos individuos síntomas alarmantes, aunque de corta duración; una inyección con cultivos atenuados y á menor dosis, no determina más que molestias locales muy tolerables, y preserva del todo de la acción característica del *veneno vivo*, introducido por la misma vía y en mayor dosis, en ensayos sucesivos. La Comisión cree que, por el camino experimental que ha emprendido el Dr. Ferrán, ha de llegarse á la metodización de la profilaxis del cólera morbo, y cuanto la prosecución de sus estudios interesa á la humanidad, no hay para qué encarecerlo.

Ahora la causa ha sido repuesta, hablando en términos forenses, al estado de sumario. El Gobierno ha nombrado una Comisión que vaya á los puntos atacados á practicar estudios al lado del Dr. Ferrán. El informe de esta Comisión ha de dar nueva luz á

la ciencia para juzgar del resultado del descubrimiento.

*The Standard*, que es uno de los periódicos de más circulación de Europa, de ideas librepensadoras y de religión protestante, ha publicado un juicio crítico acerca de Víctor Hugo que ha llamado mucho la atención por su imparcialidad y acierto. El juicio principal relativo al mérito literario de Víctor Hugo, único aspecto bajo el cual podemos nosotros estudiarle, está reducido á los siguientes notables párrafos:

«Sería extemporáneo y arrogante asignar hoy á Víctor Hugo el puesto que debe ocupar en la república de las letras, y preferimos á hacerlo el aguantar *los hiperbólicos y extravagantes elogios* que se prodigan al *Maestro*, como enfáticamente se le llama. Pero sí podemos afirmar con plena seguridad que la posteridad no ratificará los juicios que oímos. Mucha parte de la fama que ha tenido en vida es puro ruido, el cual pasa con la vida... Cuando la posteridad pese sus obras en la balanza, reconocerá que ha escrito muchas deliciosas poesías líricas, y sátiras punzantes, pero nada que pueda mantener elevado su nombre á través de los tiempos.

«Hugo ha sido un gran literato más bien que un gran poeta, y un gran novelista, y un gran autor dramático, y esto no es ultrajarle, sino, al contrario, ensalzarle...»

«Nostremos que como maestro haya llenado las cabezas de la generación que se levanta, con esperanzas que no se realizarán, y haya aumentado en lo posible la inestabilidad y desapercibimiento de sus conciudadanos. Y al hacer esto, ha sido consecuentemente consigo mismo, con su carácter. Víctor Hugo no era de los hombres de aquel altísimo rango literario; no era de aquellos poetas que ven las cosas con claridad y las exponen con solidez.

«Por lo demás, ha sido un lírico resonante y grandilocuente, y su música halagará por largo tiempo el oído del género humano.»

El mérito literario de Víctor Hugo había decaído con la corrupción de sus ideas; Víctor Hugo creyente estaba á una altura incomparable sobre el Víctor Hugo impío. La fe le dió alas, y la incredulidad lo arrojó en el cieno.

Una Comisión designada por el señor Obispo de Málaga rifa tres cuadros generosamente cedidos por el venerable Prelado á favor de las víctimas de los terremotos de su diócesis.

El Sr. Obispo, que ya en los primeros momentos hizo un cuantioso donativo y se apresuró á abrir una suscripción, se desprende ahora, en beneficio de los pobres, de lo único que posee.

Esta rifa constará de dos series de á 26.000 billetes cada una, siendo el precio de los de la primera dos pesetas, y tres los de la segunda.

Un cuadro representando á la Sagrada Familia, de Andrés del Sarto, constituye el único premio de la serie primera, y lo obtendrá el tenedor del billete del número igual al que salga agraciado con el premio mayor de la Lotería Nacional en el último sorteo ordinario del mes de Julio próximo venidero de este año.

La segunda serie tiene dos premios consistentes en un San Pedro, del Spagnoletto, y una Virgen de los Dolores, del divino Morales, los que se adjudicarán: el San Pedro al billete del número igual al premiado con el mayor, y la Virgen al número en que corresponda el segundo premio, ambos en el sorteo antes expresado, último del mes de Julio.

Los cuadros sólo serán entregados, previa presentación de los billetes agraciados, por esta Comisión, en el Palacio episcopal, siempre que resulte probada su indudable legitimidad.

Las personas que se sirvan hacer pedidos de billetes para esta rifa, acompañarán su importe en valores declarados ó letras de fácil cobro, girándose desde luego á los que no lo verifiquen.

Tanto en lo que dice relación á la caducidad de billetes, cuanto á todas las demás incidencias de esta rifa, se considerará regida por los reglamentos generales de la Lotería Nacional.

Si por cualquiera circunstancia no tiene lugar en el mes de Julio venidero un sorteo ordinario que conste del número de billetes que comprenden las series de esta rifa, se considerará prorrogada al primero del mes de Agosto que conste de 26.000 billetes.

Los billetes se expenden en la Secretaría de Cámara del Excmo. Sr. Obispo de Málaga.

Nueve años hace, si no estamos equivocados, que las Hijas de María del Sagrado Corazón abren por este tiempo en el convento del Caballero de Gracia, número 49, una Exposición de ornamentos sagrados para iglesias pobres.



Tréscientasetenta y ocho iglesias faltas de los necesarios ornamentos han podido obtener en el presente año casullas, capas, ciriales, amitos, albas y otras ropas blancas, con cuyo recurso se suple en parte la falta de medios en que se hallan muchas iglesias de España.

Las piadosas señoras que forman parte de la Congregación de Hijas de María se consagran personalmente á la laudable obra de hacer con sus propias manos los ornamentos sagrados y proporcionar medios de obtener los materiales, algunos de los cuales son de un valor que, si es siempre pequeño para el santo fin á que se destinan, podrían muy bien ostentarse en iglesias que no se llamasen pobres.

La *United Service Gazette* publica los siguientes detalles de dos buques que se están construyendo en los Estados Unidos, y que por sus condiciones especiales y por su gran velocidad, se diferencian de todos los que actualmente se conocen.

El primero de estos buques es el *Meteoro*, que se construye en Nyack sobre el Hudson. Ha sido inventado por M. A. P. Bliven, de Brooklyn, que dirige la construcción. Las máquinas han de marchar á 350 vueltas por minuto, lo que permite esperar que el *Meteoro* hará más de 25 millas por hora, y podrá, por consiguiente, hacer la travesía entre New-York y Bristol (Inglaterra), en unos cinco días. En la construcción de dicho buque sólo se emplean materiales americanos.

Una particularidad digna de ser conocida ofrecen sus máquinas, y es la de estar los cilindros de alta presión metidos dentro de los de baja presión, de manera que no se ven más que estos últimos, que son dos. El objeto de esta disposición es evitar la condensación, conservando al vapor toda su fuerza.

El *Meteoro* es un vapor de 512 toneladas que tiene 156 pies de largo; sobre el puente no habrá más que el camarote del capitán y los tubos de las chimeneas, estando dispuesto de manera que no hay peligro alguno; y siendo completamente estanco, puede este tipo de buque ser sacudido impunemente por las más fuertes olas, sin riesgo para los pasajeros, ni para el casco, ni para las máquinas.

El segundo buque llamado *Oceanía*, ofrece particularidades más extraordinarias todavía. Es una especie de velocípedo marino montado sobre tres ruedas, de manera que el casco no toca al agua. Lo más curioso del sistema, dice el periódico citado, es que el sostén ó soporte del buque, es decir, el flotador, forma un solo cuerpo con el propulsor. El buque descansa sobre tres esferas hechas de hojas

de acero, y dispuestas una delante y las otras dos detrás. Estas esferas están guarnecidas en casi toda su circunferencia de unas láminas espirales que obran como paletas. Las tres están dispuestas de manera que pueden marchar hacia adelante ó hacia atrás, juntas ó separadamente, de manera que el buque puede girar con mucha rapidez sin necesidad de servirse del timón.

El buque, propiamente dicho, es completamente estanco, de manera que aun en el caso de que las ruedas ó esferas tuvieran avería ó se rompiera y se inclinara, tiene bastante flotabilidad para no naufragar. Las esferas de que se ha hablado tienen una especie de quilla de acero, á fin de poder colocar el buque sobre rails en el caso en que haya de atravesar un istmo ó de hacerse una reparación en tierra.

Este buque va á destinarse exclusivamente al servicio de pasajeros, y se cree que su construcción especial le dará mayor seguridad y mucha mayor velocidad que la de todos los buques conocidos hasta el día.

El *Oceanía* tiene 224 pies de largo por 130 de ancho, y las ruedas esféricas tienen 24 pies de diá-

metro, y calarán 5 pies en carga.

El comercio de la naranja, que es tan interesante para nuestras provincias del Mediodía, adquieren de año en año nuevo desarrollo, sobre todo en Francia.

Hace cincuenta años, la cantidad de naranja importada en Francia ascendía á 7.850 toneladas, de las cuales sólo por Marsella, 2.300 la mayor parte procedente de España. En 1856 subieron las importaciones á 16.000 toneladas, y diez años más tarde, en 1866, á 26.000.

Pero desde que el cultivo de la naranja se hace en Argelia, el tráfico ha aumentado prodigiosamente, elevándose hasta 55.000 toneladas la importación total, y sólo por el puerto de Marsella 13.000, de las cuales 6.500 de España, 4.800 de Argelia, 1.200 de Italia y el resto de Grecia y Turquía.

En el último año el valor de la naranja importada representa la enorme suma de 13.000.000 de francos.

La publicación de donde tomamos estas noticias observa que la exportación de Argelia para Francia se ha elevado en los últimos veintiocho años desde 350 á 5.000 toneladas.

Nuestra exportación, sólo por vía de Marsella, ha triplicado en 50 años.

Rogamos á todos nuestros suscritores que dirijan la correspondencia á la *Sucursal de la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA*, plaza de Isabel II,

núm. 3, tienda, ó sencillamente al Sr. Administrador de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, sin añadir señas, para que se recoja toda en el apartado de Correos.



Rogamos á nuestros lectores que encomienden á Dios el alma de la virtuosa señora doña Faustina González Madonado y Leis Pacheco, condesa viuda de Pineda y madre política del Director de esta Revista, que falleció el 5 de los corrientes. Fué una mujer fuerte, que supo cumplir á maravilla con sus deberes de esposa y de madre, ofreciendo á cuantos la conocieron admirables ejemplos de virtudes cristianas. Háyle Dios concedido el merecido premio, y logre para sus hijas la resignación y la fortaleza que bajan del cielo. — R. I. P.

Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.



PUERTA PRINCIPAL DE LA CARTUJA DE PAVIA EN ITALIA.